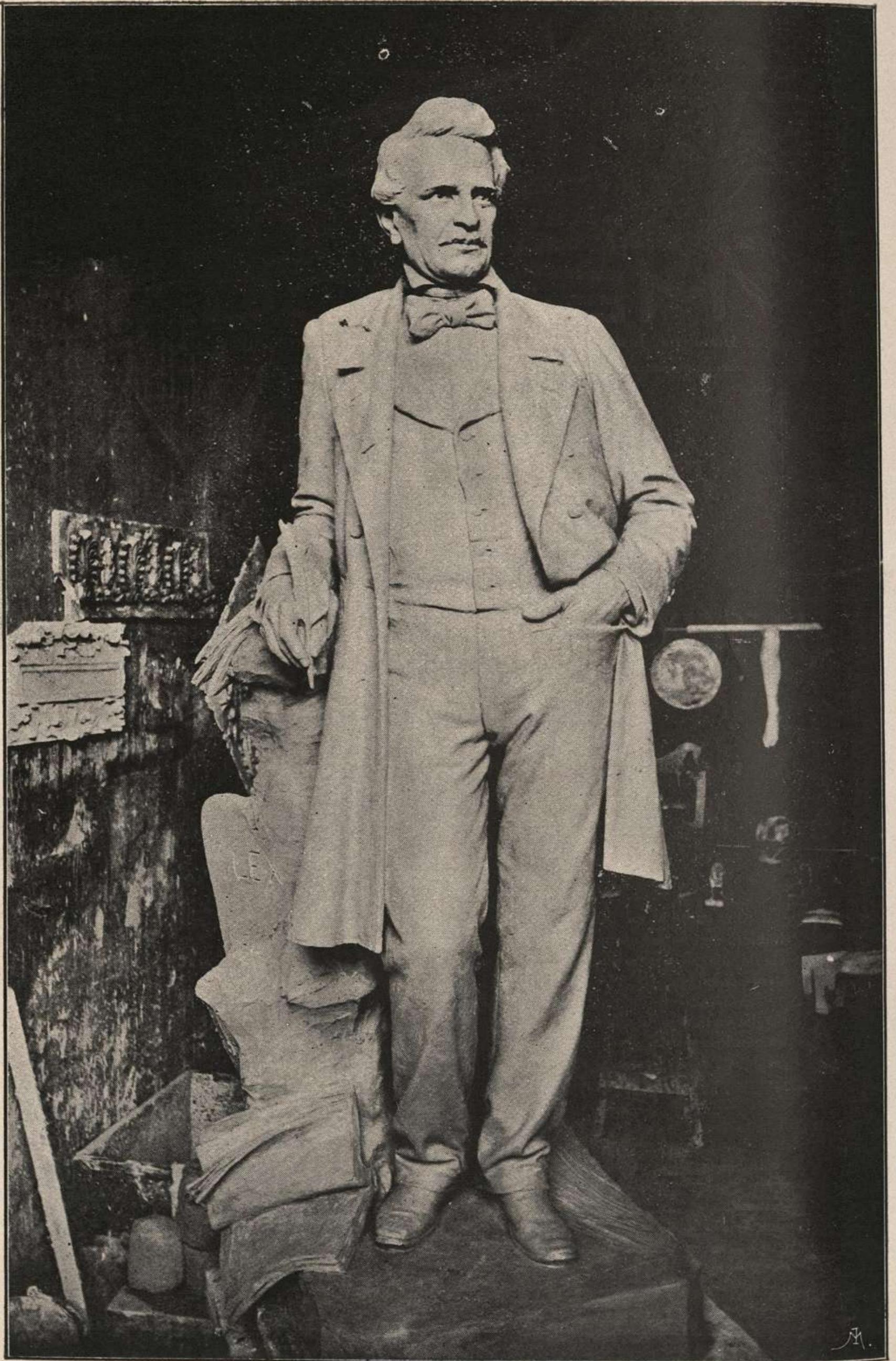




DR. JUSTO SIERRA DE O'REILLY.



Estatua erigida en Mérida en el mes de Febrero último.

MAYO DE 1906.

REVISTA MODERNA DE MEXICO



DIRECTOR, JESÚS E. VALENZUELA. CONSULTOR ARTÍSTICO, JESÚS URUETA

BOSQUEJO BIOGRAFICO

DEL DR.

D. JUSTO SIERRA DE O'REILLY,

A su memoria,

en el cuadragésimoquinto aniversario de su fallecimiento.

Sin meditar en la muerte, ninguno hubiera creído que ese hombre desaparecería de una escena, en que su papel era acaso el principal.

... .. Antes de recibir el golpe fatal, estaba ya herido de una manera cruel, prolongándose por largos meses el espectáculo, dolorosísimo para sus amigos, de verle muerto en la vida

..... Esa existencia, sin embargo, no ha pasado inútilmente en nuestra sociedad. Por el contrario, ha dejado en ella un vestigio permanente, una huella luminosa que es necesario seguir, y que por mucho tiempo ha de fijar la atención cuando se llama al tribunal inexorable de la historia, una á una, todas esas capacidades, todas esas inteligencias más ó menos fecundas, que han puesto su sello al carácter de la época.

"Noticia biográfica del Sr. Dr. D. Jose Maria Meneses, por D. Justo Sierra.

Una de las manifestaciones de la cultura que alcanzan los pueblos, es su admira-

ción á lo grandioso en las evoluciones que los conducen por la senda del progreso, y la glorificación de los hombres á quienes deben tales esfuerzos; por lo que el pueblo que no hace reminiscencias, significa que tiene en blanco las páginas de su historia, ó que no está en aptitud de apreciar lo meritorio ó heroico que en ellas se registra.

De uno y otro pueblo, y refiriéndonos á los hombres que han contribuido, ó debido contribuir á su progreso, nos expresaremos parodiando un conocido apotegma: los pueblos tienen los hombres que merecen.

Y Yucatán, que por haber tenido los hombres que ha merecido, ostenta una

historia esmaltada con las manifestaciones de todas las aptitudes humanas, y cuya actual generación es tan digna de las que le han precedido, conmemora los grandes acontecimientos registrados en sus páginas, y, con veneración religiosa, hace solemne apoteosis de sus hijos, cuyos son los honores de la luz que esplende y del progreso que ha transformado á la Emérita de Montejo, en la próspera y majestuosa metrópoli peninsular, una de las que han conquistado primera categoría entre las capitales de la Nación Mexicana.

*
* *

Como la muerte no clasifica cerebros, corazones ni voluntades, no respeta el talento, no la conmueven los sentimientos ni la detiene el valor; é implacable y ciega, todo lo abarca y todo lo hunde en su profundo abismo. Y en la incesante sucesión de generaciones que absorbe la vorágine, lo vulgar, en grandes masas, pasa sin dejar vestigio alguno á extinguirse en el olvido, á la vez que lo extraordinario—honroso ó degradante, loable ó punible,— imprime indeleble huella que la Historia sigue con empeño; inquiere y juzga, pronunciando este irrevocable fallo que acata y cumple la posteridad: condecorar con el galardón de la gloria, ó marcar con el fuego del estigma.

Para ejercer con fervor la deificación, el superviviente pretende llenar el vacío que dejara la ausencia eterna, levantando la efigie del que fué, y dándole, adrede, la actitud dominante que tuvo en sus labores. Mas, palpando el artífice la deficiencia de su resurrección, toda vez que de la dualidad humana falta el destello del Creador que animó al original extinguido, interpone el pedestal para revestir de majestad á la efigie, levantándola del nivel de

los vivos, como la personalidad histórica estuvo á mayor altura de sus contemporáneos. Sólo en esta forma, los que fueron vuelven á ser coetáneos de las sucesivas generaciones; y, al igual del rey de los astros que ilumina el espacio en nueva carrera después de cada ocaso, el fuego del genio, inextinguible al hálito helado de la muerte, forma la perpetua antorcha que revela al hombre las grandezas de que es depositaria la inmortalidad.

Hasta aquí los esfuerzos de la justificada vanidad humana; por lo que, la estatua es el mas grande de los honores póstumos, como la más valiosa y expresiva de las ofrendas en el ara en que se rinde culto á la inmortalidad.

Así han vuelto con su forma corpórea y el perdurable recuerdo de sus obras de redención: Gutemberg, con los aparatos de su incipiente descubrimiento; Cristóbal Colón, rodeado de los que le comprendieron y señalando la región que anunciaba; Bartolomé de las Casas, en su nimbo de caridad evangélica, rompiendo las cadenas del aborigen; Jenner, inoculando su virus preservativo y salvador; Pasteur, persiguiendo con el microscopio á los invisibles enemigos de la humanidad; Cuauhtémoc, con la mirada altiva y desdeñosa del héroe y mártir; Miguel Hidalgo y Gallaga, en su incompatible dualidad social, proclamando la independencia de nuestra Patria; y, Justo Sierra, desde hoy, en el ejercicio habitual de sus labores.

Descansa la estatua de Sierra sobre el alto pedestal formado con los merecimientos que le colocaron á mayor nivel de los que, cuando él, vivieron y levantaron su mirada para abarcar aquella actividad, como nosotros y los que nos sucedan, levantaremos las nuestras para conocer y deplorar la inercia en que fué detenida esa actividad de maravillosas aptitudes.

Está expuesta la efigie en actitud de la-

borear el filón que descubriera, llevando el vehículo de su cerebro y la urna en que guardaba las joyas que legaría á los suyos: la pluma y el papel; sus armas de combate; sus inseparables compañeros de la infancia á la edad en que la Atropos cortó el hilo de esta laboriosa existencia que estaba aún en la plenitud de la vida del hombre. Y, como rasgo complementario de la estética del monumento, desde la cumbre de su grandeza, el atleta envía su mirada de filial cariño hacia el terruño en que se meciera la cuna donde el infante exhaló el primer vagido, recibiendo los ósculos del más casto y santo de los amores.

La estatua del Sr. Sierra es la primera que erige la ciudad de Mérida en la avenida paseo que lleva el nombre del conquistador de Yucatán y fundador de la capital de la Colonia.

Suponemos la primera, y no la única, toda vez que por equidad, justicia y patriótico celo, es de esperarse que los hijos de Mérida no se detengan en la estatua que hoy descubren; pues, además de los factores apuntados, la suntuosidad y severidad que debe imponerse al paseo público en formación, tales como corresponden á la cultura y prosperidad crecientes de Mérida, señalan el «Paseo Montejo» para la residencia de los personajes de ultratumba de que se envanece la Península.

Combinadas, no sólo en el Señor Eduardo Casares Martínez de Arredondo, la admiración y largueza, ya otros ilustres yucatecos harán la misma manifestación de tan nobles sentimientos; y en época, acaso no remota, ya estará cubierta la galería con las efigies de nuestros pasados de hermosa legenda: Tutul-Xiu, personificando el último esfuerzo heroico de la autonomía maya; Francisco de Montejo, fundador de la *Emérita Augusta Yucatanensis*; Martín de Palomar, redentor intelectual de la juventud merideña; Diego López de Cogolludo, el

afanoso cronista de nuestra primitiva historia; Vicente María Velázquez, fervoroso apóstol de la democracia yucateca; Francisco Bates, introductor de la imprenta; Lorenzo de Zavala, filósofo, literato, fundador y el más vigoroso de los redactores de «El Aristarco,» el primer periódico que vió la luz pública en Yucatán; nuestra «corregidora,» la heroína María Ana Roo; Andrés Quintana Roo, primer poeta, jurisconsulto y caudillo insurgente que presidió el «Congreso de Anáhuac;» Pablo Moreno, el «Pensador Yucateco;» Manuel Crescencio Rejón, constituyente reformista del Estado; Joaquín García Rejón y Pedro de Regil y Estrada, salvadores de Yucatán, reincorporándolo á la Confederación Mexicana; Crescencio Carrillo Ancona y Eligio Ancona, literatos, y dignos continuadores de la obra de Sierra; los filántropos Brunet, Celarayn y León Ayala; el caudillo de las libertades públicas, Sebastián López de Llergo, y el grupo que simbolice á todos los benefactores, héroes y mártires consignados en las páginas de la historia de Yucatán.

Por la magnificencia del Sr. Casares y la ubicación designada, la estatua de Sierra es la que precede y una de las que presidirán á las que se erijan en lo sucesivo, formando las pléyades que brillan en el empero de nuestra Historia.

Un aplauso al Señor Casares que, en tan clásica forma, significa cuánto mereció los honores de lo futuro quien dedicó todo su presente á las monótonas investigaciones del pasado.

* * *

Tixcacal-Tuyú es el nombre de la población del Estado de Yucatán en que nació Justo Sierra de O'Reilly —24 de Septiembre de 1814— y donde sólo recibió las primeras impresiones de la infancia, ya que

los generosos impulsos de un vidente —el Cura Don Antonio Fernández Montilla— hicieron que el sabio en ciernes abandonara el primer hogar en solicitud de luz que le alumbrara en la peregrinación á que venia predestinado; pero otra luz de la que alumbró su cuna, la única que podía irradiar en el humilde lugar que de las glorias del hijo ausente sólo reclama el alfa de su vida.

Sierra, que vino al mundo cuando en la capital de la Capitanía General dejaron sentirse las vacilaciones de la corona en las sienes de Fernando VII, producidas por la promulgación de la Constitución de Cádiz y por la insurrección de la Nueva España, también llegó á Mérida en los oportunos momentos en que las tentativas de ensanchar la enseñanza habían llegado á la franca evolución que amplió los horizontes de la ilustración de la juventud.

En el medio resultante de estas dos revoluciones —una, consiguiente de la otra, —el alumno llegó á ser hombre de letras, y el ciudadano hizo su profesión de fe política.

Detenida en los mismos labios de Don Pablo Moreno su propaganda reformista en la cátedra de Filosofía, aquélla continuó con la vehemencia de la reacción libre de toda traba, hasta transformar el justamente célebre «Seminario Tridentino,» en la «Nacional y Pontificia Universidad de Yucatán.» Ésta abrió Cátedras á las ciencias profesionales, ingresando Sierra á la de Jurisprudencia, que fué confiada al ilustrado proscrito español, clérigo y abogado, Domingo López de Somoza; y el niño que llegó á Mérida de mendicante de ciencia, conquistó la opulencia intelectual, descollando, desde luego, el talentoso seminarista en todas las pruebas escolares hasta alcanzar en reñida justa científico-literaria una de las becas de oposición.

Sierra abandonó la cátedra del Dr. So-

moza para dirigirse á México á continuar sus estudios en el Antiguo y Nacional Colegio de San Ildefonso, donde obtuvo el título de abogado en 21 de Julio de 1838.

De regreso á Mérida, previos los requisitos reglamentarios, tomó la borla del doctorado, ingresando al gremio y claustro de la Universidad de Yucatán.

El éxito que había alcanzado el Dr. Sierra en el recinto de las aulas, llevó al campo de la actividad intelectual al filósofo, literato, lingüista, jurista y canonista, comenzando esta nueva faz como comenzó la primera: «ver, llegar y vencer.»

* * *

Habiendo fallecido el Dr. Sierra cuando aún distaba del período senil, brillando su inteligencia con toda intensidad, no quebrantado su fervor, ni debilitadas sus energías por las garras de la muerte, esta existencia, tan fugaz como fecunda, se destaca en monumental pirámide truncada, en cuyas facetas están esculpidos sus grandes merecimientos, clasificados en estos cuatro caracteres: *Iniciativa y Forma, Perseverancia y Abnegación.*

Desde estos puntos de vista, docta pluma es la llamada á hacer el estudio crítico de las muchas obras que abarcó la gran obra de Sierra; limitándonos nosotros á la concisión y pobreza con que podemos producirnos.

Nadie se ocupaba en Yucatán de su pasado, del que la tradición apenas refería ciertos episodios sensacionales con las impresiones que produjeron en nuestros antepasados, impregnados del carácter romancesco y de inverosimilitud de que los revistió la superstición de la época.

La «Crónica Suscinta de Yucatán,» por compendiosa, ó suscinta, como propiamente le llamó su ilustre autor —Señor José

Julián Peón,— fué una sola palabra en aquel tradicional mutismo y un relámpago en la noche prolongada desde antaño, hasta que la voz de Sierra rompió para siempre tanto silencio, saliéndole de sus labios el *fiat lux* que iluminó ese caos.

Como historiador, Sierra enseñó, restauró, deleitó, comentó y defendió.

Además de sus muchas disertaciones históricas originales en publicaciones que fundó y sostuvo, recibiendo la colaboración del meritismo Vicente Calero Quintana y de otros literatos yucatecos, suyo fué el mérito —porque exclusivamente suyos fueron los afanes y los desembolsos de su no abundante peculio— de la reimpresión de la primitiva y única Historia de Yucatán, escrita por el R. P. Fray Diego López de Cogolludo, cuya primera edición se había extinguido, hasta ser un ejemplar tan raro como una probanza de los cronistas coetáneos de los conquistadores y de los primeros tiempos del período colonial.

Él publicó en el *Museo Yucateco* los apuntes atribuidos al sabio emeritense del siglo XVI, Dr. Fr. José Nicolás de Lara, habiendo expuesto en la biografía de éste, que supone proceden del Dr. Monsreal.

También hizo en las páginas del citado periódico y en las del *Registro Yucateco*, la consignación de muchos documentos inéditos de gran valor histórico, y, entre otros: «Preliminares para conceder el título de ciudad á la villa de S. Francisco de Campeche» y la «Representación del Ayuntamiento de Campeche, pidiendo que se apliquen á los religiosos de S. Francisco la iglesia y bienes de la extinguida compañía de Jesús en aquella villa, con el objeto de fundar una casa de estudios.»

Si toda iniciativa, por incipiente ó imperfecta que sea, conquista un mérito que no lo menoscaba la perfección á que la llevan los innovadores, por esta sola circunstancia pertenece á Sierra la gloria de ha-

ber iniciado en la Península el estudio de la Historia, el cultivo de la Literatura, la generalización de los demás estudios científico-literarios y el conocimiento de los idiomas que le pusieron en comunicación con los clásicos antiguos y modernos; pero da mayor realce á su iniciativa el vigoroso impulso que le imprimió con la acabada forma de que la revistiera, á grado tal, que los que le han sucedido en sus labores, han sido respetuosos observadores del modelo, demostrando, los que más, haber sido dignos discípulos, sin superar en sus obras á las del maestro.

Todos los frutos de sus disquisiciones y manifestaciones de su inteligencia están engarzados en el rico repertorio de frases castizas y en la correcta construcción de su clásico estilo. Sus privilegiadas dotes, refinadas en la escuela de la pureza del lenguaje, le hicieron hablista tan exquisito, que aún subyuga al lector, como dominó á su auditorio, con la profusión de su persuasiva facundia, atrayente en sumo grado.

De aquí, que lo que aquella pluma trazara, deleita en la adolescencia, instruye en la juventud y causa admiración en la edad proveya, porque entonces es cuando se está en aptitud de aquilatar la labor histórica y la buena ley del grandilocuo escritor á quien debe Yucatán las primeras numerosas páginas de su Literatura é Historia Moderna y la restauración de la antigua comentada.

En *Un año en el Hospital de San Lázaro*, el historiador toma el pincel de hábil artista para pintar este cuadro. «Jamás había presenciado un espectáculo tan magnífico como el que se ofreció á mi vista cuando, después de una noche tranquila y apacible, el sol de la mañana coloreó con hermosos y variados tintes el fantástico diorama que presentaba la bahía de Campeche, en frente de la cual nos hallábamos

entonces. Ocupaban el centro de una espléndida ensenada la ciudad, sus murallas, torres y baluartes. Prolongábase á derecha é izquierda las afueras, perdiéndose los edificios entre bosques frondosos, sobre los cuales descollaban, con todas sus copas, los infinitos cocoteros que dan al puerto una vista verdaderamente asiática. Una serie de colinas, cubiertas de verde y espesa arboleda, servía de fondo á ese cuadro, que entero se reflejaba en un mar terso y tranquilo como un espejo, sobre el cual se deslizaban ligeros los barquillos de los pescadores, y permanecían como engarzadas las embarcaciones mayores. . . . Mis ojos fueron á clavarse fijamente en el siniestro y solitario edificio que servía á mi pobre Antonio de prisión y de tumba. Ciñe á Campeche, por la parte de tierra, un semicírculo de colinas de poca elevación. La ciudad, sus hermosísimos barrios, y algunas casas de campo, yacen á las faldas de este magnífico y espléndido anfiteatro que termina á la lengua del agua. Destácase de este ceñidor una colina, que se interna en el barrio de San Román, dominándose, desde ella, toda la población, los campos inmediatos y el mar. Esto se llama la *Eminencia*. . . . El cielo estaba brillante y despejado; y los rayos del sol, que declinaba, se reflejaban allá, á lo lejos, en el mar, produciendo á la vista un efecto inexplicable. A nuestros pies se desarrollaba, en todas direcciones, un vasto diorama, sobre el cual todo parecía moverse y animarse. A la derecha se prolongaba, en una dilatadísima abertura, el barrio de Santa Ana, descansando la vista en el limonar, y el castillo de San José. A la izquierda, el barrio de S. Román se presentaba diseminado en un bosque de cocos; y al través de sus ondulantes palmas, el campanario de la pequeña iglesia, y los edificios dados de blanco y azul, parecían agitarse en movimientos diversos. Allí estaba también el hospital de S. Lázaro. En

el fondo del cuadro, el paisaje era de un efecto majestuoso y sorprendente. Su primer término, era formado de coposas arboledas, bordadas por los solares y caseños. Más allá extendíase la plaza amurallada, y coronada de baluartes, descollando, sobre ellos, muchos y elegantes edificios particulares, con miradores, templos, cúpulas y campanarios, elevándose, hasta una considerable altura, la gentil torre de la parroquia, que dominaba todo aquel riquísimo y exquisito mosaico. En último término, aparecía el mar, el mar que, desde aquel punto, tenía no sé qué de mágica grandeza. Se me figuraba que repetía en su superficie tersa y limpia, todos y cada uno de los infinitos objetos que veíamos en aquel tapiz de verdura. Las barquillas de los pescadores, que vagaban en los confines del horizonte, se presentaban como blanquísimas palomas, que volaban de uno á otro lugar.»

El autor concluye con los siguientes comentarios: «El conjunto era superior á lo que yo pudiera decirte. Sólo un pintor, ó un poeta, pueden revelar los misterios de la *Eminencia*. Todavía no puedo concebir cómo un punto de vista, el más pintoresco, sin duda, de los que hay en el país, sólo sea frecuentado por los leñadores, por uno ú otro cazador y por algunos que viven en las inmediaciones. . . Los extranjeros llegan á Campeche, y se vuelven sin visitar esa pequeña altura, porque ningún habitante de la población se empeña en hacerle saber el tesoro de preciosas vistas que presenta.»

El mismo pincel estampa en «La Hija del Judío,» el terrífico espectáculo de una tempestad desencadenada que puso en inminente peligro de naufragio, á la «Santa Librada,» al llegar á la costa de Yucatán, y también la misma pluma pone en labios del «Socio» --jesuita-- las salvadoras maniobras ordenadas en su tecnicismo, como las más acertadas que pudieran salir de la

voz de mando del más hábil, experto y valeroso marino.

El Sr. Sierra no se limitó á la enseñanza de la Historia, sino que le sirvió de escudo en defensa de los derechos de Yucatán en ataques contra la integridad de su territorio.

Sus interesantes alegatos que, con la plausible espontaneidad del patriotismo, presentó en tan interesantes cuestiones, están conservados en nuestra bibliografía, bajo las denominaciones: *Ojeada histórica sobre el establecimiento de Belice y reflexiones sobre su futura influencia, y El Territorio del Carmen.*

Su instrucción lingüística fué otro factor de su propaganda intelectual.

A este género pertenece la traducción que, con notas, hizo de la obra del arqueólogo norteamericano, John Stephens, titulada: «Viaje á Yucatán.»

Sin el perfecto conocimiento de los idiomas francés é inglés, no habría podido abarcar cuanto de instructivo y ameno expone en sus *Impresiones de un viaje á los Estados Unidos y al Canadá.*

También hizo en traducción directa, el estudio comparativo de la codificación de Francia, Alemania, Prusia, Holanda, Italia, Austria y Estados Unidos, al redactar su *Proyecto de Código Civil Mexicano*, con el objeto de adoptar en nuestra legislación las doctrinas que, á su juicio, fueron convenientes.

De aquí, que el mérito de la iniciativa que tuvo el historiador, lo hiciera extensivo al jurisconsulto cuyas son dos obras, las primeras en su género, que vieron la luz pública en la Nación, y de importancia tanta, que la pregonan su adopción y vigencia aún; pues el Proyecto de Código del Sr. Sierra, «ha venido á convertirse—dice el conterráneo biógrafo, Sr. Francisco Sosa— en el Código Civil del Distrito, adoptado ya por varios Estados; siendo de advertir que la comisión que formó el

proyecto, en su larga introducción, no se dignó hacer, una vez sola, mención del trabajo de Sierra.»

Habiéndose «convenido unánimemente en que la formación de nuevos códigos era una de las supremas necesidades de la República,» el Sr. Mariano Riva Palacio, Ministro de Justicia en 1845, «propuso a Congreso que se abriese un concurso público y se premiara con cien mil pesos, al autor de los mejores proyectos de Códigos que se presentaran.» («El Derecho,» Núm 17).

Perdida la convocatoria —ó el proyecto— en el silencio del foro metropolitano, é insistiendo el Gobierno en llenar esta ingente necesidad de la administración de justicia, el Sr. Manuel Ruiz, que entonces (1859) tenía á su cargo la cartera del ramo en el gabinete del Sr. Juárez, establecido en Veracruz, dirigióse al «Dr. Sierra—ya residente en Mérida— hombre de vasta capacidad y de laboriosidad poco común.» («La verdad histórica sobre la formación del Código Civil.»)

No obstante que el Sr. Sierra llegaba á los últimos días de su vida en acelerada extinción que palpaba, sobreponiéndose con supremo esfuerzo, aceptó el encargo hecho á la competencia de sus aptitudes; y buscando la soledad propicia para el estudio, designó el convento de «La Mejorada,» donde pasó estas sus últimas vigiliadas, que fueron tan largas para su agotamiento físico y depresión moral, como breves para la aptitud, delicadeza é importancia del trabajo.

Tocó al jurisconsulto Sierra, consignar por primera vez en la administración de justicia, los principios de la naciente reforma; y, ¡qué coincidencia tan anómala! en los claustros de un convento.

«En el mes de Diciembre, del expresado año de 1859,—Francisco Sosa—Sierra remitía á Veracruz el primer libro del Código Civil. . . . En 18 de Enero de 1860,

el infatigable Sierra mandaba al Gobierno el segundo y tercer libro del proyecto que se le encomendó. . . . Excusado es decir que el Gobierno general nunca volvió á acordarse de aquel servicio eminente, aunque el libro de Sierra ha sido después, la base sobre la que se ha ido desarrollando la codificación civil de toda la República.»

El progresista Estado de Veracruz dió á este trabajo del jurisconsulto yucateco una acogida contrastante con la que tuvo en la capital de la Nación, apresurándose, por decreto de 6 de Diciembre de 1861, á ponerlo en observancia, con explícita mención del nombre del autor. Y, como justo homenaje, el Dr. Sierra fué declarado benemérito del Estado en decreto de la misma fecha.

La otra obra, de la misma índole, del mismo mérito y con el objeto de enseñanza, es la que tituló *Lecciones de Derecho Marítimo é Internacional*, escrito para servir de texto en la «Escuela Nacional de Comercio.»

Justificaron la fama nacional del jurisconsulto Sierra estas dos obras que escribió gratuitamente en obsequio de una solicitud á nombre de la Nación, ya que la primera citada no salía de sus sabios colegas de la metrópoli, no obstante el incentivo de cuantiosa remuneración.

Como en la *Iniciativa y Forma*, la *Perseverancia* y *Abnegación* se hermanaron para dar complemento á esta personalidad y conducirla por gloriosa senda al objetivo de su peregrinación.

Este arqueólogo, que descubrió todas las antigüedades de los archivos, vivió en éstos en la contemplación del asceta; y con la misma asiduidad hizo del estudio su habitual ocupación, como fervoroso ministro de la ciencia.

Estas eran las faenas á que dedicaba las horas que le quedaban libres del cumplimiento del deber adquirido para satis-

facer las necesidades de la vida, sin preocuparle que tal labor, más que productiva, era perjudicial, porque privaba su actividad de otro ejercicio en que pudo adquirir el patrimonio de su familia, á la que sólo dejó la honra de su esclarecido nombre.

Y para que esta abnegación fuera, como todas sus labores, sin solución de continuidad, por las dos obras de Jurisprudencia escritas para «Código» y «Lecciones,» no impuso tasa alguna, ni le sorprendió recibir el mutismo y la ninguna remuneración con que siempre corresponde la indiferencia.

En síntesis de su iniciativa y forma, por su propaganda y método, el historiador Sierra es para Yucatán lo que Guizot para Francia; es el «Plutarco Yucateco,» él, que, en no menos de cuarenta biografías—más las que dejó inéditas— dió á conocer á perinclitos conterráneos y ultrapeninsulares que trajeron á Yucatán el contingente de sus virtudes morales é intelectuales; como fué novelista con el solo objeto de brindar con este atractivo el conocimiento del episodio trágico, detuvo los vuelos de su rica fantasía para conservar pura la esencia histórica, fundando así en Yucatán la escuela de Walter Scott; y, para mayor gloria de este nuestro inmortal, en su corona también hay hojas desprendidas de las que cubren las frentes de Licurgo, Solón y Alfonso el Sabio.

Excepción hecha de la poesía lírica y dramática, Sierra, al mismo tiempo que introductor de la Historia, lo es del cultivo de la Literatura, habiendo formado con la crónica, disertación, biografía, novela, leyenda y efemérides, el precioso calidoscopio en que llevó la historia de Yucatán á todas las clases sociales, desde el estudio del letrado hasta las veladas del hogar.

*
* *

Deseamos explicar la causa impulsiva de nuestra indirecta y ligera participación en el honor hoy tributado á la memoria del Dr. Sierra, en la ciudad de Mérida; así para justificarnos de la nota de intrusos ó de espontáneos declamadores que pudieran echarnos, como para exponer una atenuación en la justa censura á esta narración, por cuanto dista de lo mucho que merece quien, con tantos títulos, conquistó la inmortalidad.

El nombre de Justo Sierra de O'Reilly es una gloria que pertenece á todos los peninsulares, cuyos lazos de confraternidad, desgarrados en continuadas y sensibles controversias entre Mérida y Campeche, los reanuda la solidaridad peninsular, en el momento en que se levanta un cargo ó se hace un elogio que cae en un punto del territorio comprendido entre la región que Alaminos llamó «Términos,» y el litoral cuya mayor prolongación fué llamado «Catoche,» por los mismos exploradores: *Yucatán*.

Pero Campeche está tan obligado, como Mérida, para con la personalidad del Dr. Sierra; pues, además de que éste floreció antes de la escisión administrativa del antiguo Estado de Yucatán, Campeche fué su segunda residencia, donde continuó investigando, con el mismo afán y vigor, y donde dió á luz el mayor número de las producciones que le conquistaron la celebridad, por la que hoy se hace solemne exaltación de su memoria.

Una de las circunstancias que, lejos de toda previsión y extrañas á todo cálculo, encausan los acontecimientos y definen lo porvenir, depararon á Campeche la oportunidad de que el Sr. Sierra fuera, por algunos años, su hijo adoptivo.

El cumplimiento del deber trajo á Sierra, por primera vez, á Campeche, en Mar-

zo de 1840, siendo Secretario del entonces Coronel Sebastián López de Llergo, cuando tan ameritado Jefe puso sitio á esta plaza, en cuyas fortificaciones se había encerrado el Comandante General, Joaquín Rivas Zayas, repelido por la triunfante revolución federalista separatista de que fué primer corifeo el capitán Santiago Imán.

Parecía que este joven de veinticinco años aún pisaba los dinteles de la vida; y, no obstante, oculto estaba por la imprevisión humana, que el astro ya había traspasado el zenit de la órbita que le fuera trazada.

Accesibles á Sierra los centros de la sociedad campechana, cultivó relaciones que, poco tiempo después, le llevaron al seno de la familia de que era jefe el Sr. Santiago Méndez Ibarra, ya también caudillo del partido federalista triunfante en esos días.

Desde entonces Campeche fué el campo de la actividad de Sierra; el punto de partida de sus producciones; donde ejerció las funciones de su investidura de representante de la justicia federal y de la local; donde tuvo el núcleo de sus amistades y el centro de sus numerosos familiares. Campeche, en más de una ocasión, oyó la elocuente palabra de tribuno del Dr. Sierra, conmemorando el natalicio de la Patria; nuestro «Colegio de San Miguel de Estrada» le vió honrar sus estrados en los exámenes y actos solemnes, recogiendo su verbo — como el de otros sapientes campechanos — en magistrales alocuciones vertidas en la lengua de Cicerón y de Virgilio, con la corrección de estos clásicos, y dirigidas, con la mayor solemnidad, á los que obtenían los grados universitarios. Por último, acabó de estrecharle más á Campeche, el que esta ciudad fuera la cuna de sus hijos, adonde dió los primeros pasos en su dilatada calle de la amargura, y, también, adonde habría llegado á

su Calvario, si los acontecimientos consiguientes á la conmoción política de 1857, no lo hubieran puesto en la necesidad de salir de Campeche, retirándose á Mérida, donde pasó los tres últimos años de su vida.

Campeche también fué el teatro de su participación en la política militante durante el largo período en que las pasiones se desbordaron con toda vehemencia, figurando él en el partido de que era jefe su padre político, cuyo centro laborante estaba en Campeche; en oposición al otro que radicaba en Mérida, y que llevaba como bandera la personalidad del Señor Miguel Barbachano, quien desplegaba aptitudes equilibradas con las del conterráneo rival.

Aquellos colosales tenían sus órganos en la prensa, que eran publicados en las respectivas residencias de los beligerantes.

De los órganos campechanos, *El Espíritu del Siglo* —primero,— y *El Fénix* —después— que dirigía y redactaba el Sr. Sierra, se distinguieron de sus colegas y congéneres, *La Censura*, *La Pelota* y *El Amigo del Pueblo*, por la mesura y comedimiento con que se producían; y así fué que en la campaña electoral de 1848, *El Fénix*, conjurando como perjudicial al bienestar público, la política del *personalismo*, pidió la exclusión de los dos jefes y de los partidarios más exaltados y de mayor significación; y, fundándose en esta tesis, presentó la candidatura del Sr. Alonso Manuel Peón.

La misma circunspección observó en su colaboración en *El Amigo del Pueblo*, *La Razón* y *Unión Liberal*.

La verdad es que *El Fénix*, no obstante el interés que ofrecía la redacción sobre los acontecimientos de la política general y local, lo más valioso de la propaganda, á la vez que lo más digno de las páginas de estimado libro, que de las maltratadas hojas periodísticas, fué la historia de Yu-

catán, cuya fuente parecía agotar el perseverante investigador.

Los hoy perdidos ejemplares de *El Fénix*, llevaron en sus columnas la Historia de Yucatán; porque, no otra cosa sino Historia, es la amplitud y detenimiento que el Sr. Sierra dió al estudio del cataclismo social que le vino á las mientes al ponerle á ése el epígrafe: *Consideraciones sobre el origen, causas y tendencias de la sublevación de los indígenas, sus probables resultados y su posible remedio*. En esta larga y notable disertación, como en todos los productos de su pluma, campea el estilo reposado y sereno con las reflexiones del crítico y filósofo, expuestas con el objeto de que la verdad pasara incólume á la posteridad, como también para que la experiencia impusiera un correctivo eficaz á esa calamidad radical.

Aún hoy se hace recuerdo de la facilidad con que se producía el Sr. Sierra.

Siempre aglomerado el trabajo en su derredor, y apremiado por la solicitud de los cajistas, ponía en actividad simultánea á dos amanuenses, á quienes alternativamente dictaba sobre cada asunto; y cuando él confundía ú olvidaba la continuación, á la repetición de las últimas frases relativas, reanudaba la corriente de su emisión. Y en todas sus disertaciones, escritas ó verbales, el erudito no hacía una consulta, su pluma no vacilaba, como tampoco claudicaba su palabra; pues dóciles éstos al dominio de su inteligencia, transmitían sus rápidas y correctas inspiraciones en redacción ya atildada que no necesitaba de meditados retoques.

Así fueron redactados gran parte de los originales de *El Fénix*. Así salieron á luz pública, sus *Consideraciones*, *La Hija del Judío*, la *Ojeada Histórica* sobre Belice, el *Calendario Civil y Religioso* —también histórico por sus efemérides,— los llamados editoriales tratando de los aconteci-

mientos políticos de la Nación y del Estado, y la interesante crónica extranjera.

También así habrá redactado su otro trabajo en discusión promovida respecto á los derechos territoriales de Yucatán, «El Territorio del Carmen,» que fué publicado en *La Unión Liberal*, órgano oficial en Campeche, del que era redactor.

Hasta en las denominaciones de sus órganos históricos tuvo el Sr. Sierra el acierto de la interpretación más expresiva; las páginas del *Museo Yucateco* —publicado en Campeche— son verdaderos anaqueles que guardan los viejos tesoros que dió á conocer el anticuario que los descubrió y coleccionó; las del *Registro Yucateco*— comenzado en Mérida y terminado en Campeche— registran los importantes acontecimientos desde la época más remota; y, como el ave de la fábula, en las columnas de *El Fénix* renació esplendoroso el pasado de Yucatán.

Muy interesantes habrían sido las noticias de los acontecimientos que pensó publicar con el título de *Archivo Político*.

Según *El Fénix*, comprendería «una cronología de los documentos públicos más interesantes, desde el año de 1820 hasta la fecha (1848), inéditos muchos de ellos y sumamente curiosos!»

De su tercera novela, *Los Bandos de Valladolid*, sólo salieron á luz en Campeche, los primeros cuadernos, de los que no se conserva uno solo; y como tampoco la tradición nos ha trasmitido noticia alguna, por el título suponemos que su argumento habría sido la tragedia de 1702, en la que fueron victimarios los vengativos alcaldes de la aristocrática villa oriental; habiendo complicado lo sensacional de este proceso, la activa intervención que en él tomaron las dos primeras autoridades de la Colonia.

Entre las labores trascendentales para nuestra historia, que en Campeche llevó á

cabo el Dr. Sierra, está la reimpresión de la historia de Cogolludo, la que dió á luz con el propósito de continuarla hasta el año de 1821; y de aquí que anunciara esta edición: *Los tres siglos de la dominación española en Yucatán*.

El Dr. Sierra hizo preceder la obra de un brillante prólogo en que señala los méritos de ella, y combate la prevención difundida en su contra, dejando al buen criterio apreciar las circunstancias que rodearon al seráfico historiador.

Refiriéndose á la monotonía objetada al lenguaje, dice el Dr. Sierra: «Cuando escribió su historia el padre Cogolludo, casi había desaparecido el armonioso y dulce lenguaje de D. Alonso el Sabio, de Mariana y Cervantes. Góngora y Quevedo se habían apoderado de la lengua castellana, despojándola de su pompa y galas naturales; y como si de suyo careciese de riqueza y elegancia, la habían adulterado escandalosamente, sembrándola de frasismos extravagantes, exajerados y rudos, en que se sacrificaba la pureza de la lengua á un ridículo *culteranismo*. . . . Allí vemos á Lope de Vega, á Calderón, á Garcilaso y á Solís: allí también á los culteranos, que aun hoy tienen imitadores por desgracia. El padre Cogolludo no pudo evitar el contagio general, y sin embargo, es justificable, pues leemos capitulos enteros escritos con tan sencilla elegancia, y con tal pureza de estilo, que son dignos de perpetuarse.»

El Sr. Sierra permaneció en Campeche hasta después que la división militar del Estado dió por terminada la campaña en este Distrito.

Transcurridos pocos días del 13 de Enero de 1858 —fecha en que el Coronel Manuel Cepeda Peraza levantó su campamento de San Francisco,— el Dr. Sierra decidió su viaje á Mérida, buscando en teatro distinto del de los acontecimientos políticos que le eran adversos, la tranquilidad

de su familia, y el reposo que él necesitaba para las atenciones de su salud, ya amagada por la dolencia de que fué víctima; y víctima que, con ejemplar resignación, descendió al sepulcro —15 de Enero de 1861,— llevando trocada su pluma de autor en la palma de mayor martirio del que sufrió su protagonista.

Entonces se extraviaron ejemplares de su rica bibliografía; entre ellos, obras inéditas suyas, y documentos de los archivos oficiales que el Gobierno del Estado puso á su disposición para que los explotara en beneficio público.

Atribuimos este lamentable extravío á la circunstancia de que él no haya podido hacer personalmente la recolección de cuanto le pertenecía.

Y una vez que vemos á la personalidad del Dr. Sierra alejarse para siempre de Campeche, rodeado de la familia que aquí formara en su permanencia de diez y ocho años, haremos referencia de los encargos en que tuvo intervención oficial.

Terminadas las operaciones militares sobre esta plaza en 16 de Junio de 1840, Sierra cesó en su comisión de secretario de López de Llergo, y, poco tiempo después, fué nombrado Juez de Distrito del Estado, con residencia en Campeche. Separado del encargo por ausencias de esta ciudad, por el ejercicio de otras funciones de la administración local, y por las circunstancias en que se encontraba Yucatán, más tarde volvió á regentar este Juzgado, hasta su definitiva separación de Campeche.

Uno de los primeros actos sometidos á su conocimiento, fué la denuncia contra el capitán y tripulantes de la barca inglesa «True Blue,» convictos de fraude contra el fisco de Yucatán, por importación clandestina de mercancías extranjeras.

La celebridad de este proceso está en que vino á gravar las dificultades que pulsaba Yucatán, porque, separado del resto

de la Nación, é inerte para sostener sus derechos y decoro, pasó por la dura mortificación de revocar su justo fallo, y acatar una de las exigencias vejatorias en que el derecho de la fuerza es la mordaza que acalla la voz de la fuerza del derecho.

Como figura culminante de la agrupación política que ejercía absoluto dominio en Campeche, fué llamado para los cargos delicados que reclamaban el contingente de su patriotismo y luces.

Por elección ó nombramiento, ocupó curules en el Consejo de Gobierno, Legislatura, Juzgado de 1.^a Instancia, Tribunal de Justicia y Asamblea Departamental; y una en el Congreso Nacional, en las complicadas elecciones verificadas después de la reincorporación de Yucatán.

En estas y otras funciones, el Dr. Sierra tuvo de colaboradores á colegas de su talla: ANDRÉS IBARRA DE LEÓN, JOSÉ MARÍA REGIL Y ESTRADA Y JOSÉ MARÍA OLIVER Y CASARES.

Sierra fué el secretario de la comisión que el Gobierno del Estado nombró para entenderse con el ilustre conterráneo, Sr. Andrés Quintana Roo, quien se presentó en Mérida para celebrar un avenimiento.

Desgraciadamente, la anhelada paz no pudo alcanzarse entonces, porque, contra la ratificación de lo pactado, Yucatán se vió compelido, por las injustas exigencias del General Santa Anna, á ser nueva víctima de tantas desgracias. A éstas siguió una tregua, con los «Tratados ó convenios de 14 de Diciembre de 1843,» que fueron publicados en decreto que llevó la firma del Consejero de Gobierno, Justo Sierra.

El viaje que hizo el Sr. Sierra á los Estados Unidos de América, en el año de 1847, dió lugar al rumor de que el gobierno emanado del pronunciamiento de Campeche, el 8 de Diciembre de 1846, había acreditado al Sr. Sierra, cerca del

Gabinete de la República vecina, para tratar de la neutralidad de Yucatán, y aun para proponer la incorporación de éste.

El historiador Eligio Ancona demuestra la falsedad de la segunda aseveración, y agrega: «recibió instrucciones —el Sr. Sierra— de D. Santiago Méndez para solicitar la intervención ó, mejor dicho, la protección del Gobierno americano, en nombre de la humanidad y la civilización. El comisionado cumplió con celo su encargo, y sus gestiones se limitaron al principio á pedir que se enviasen á la Península las armas y municiones de guerra y aun que se sitiase en sus costas una parte de la escuadra americana para atemorizar á los bárbaros.»

Respecto á la primera versión, ó sea la neutralidad, no había lugar á tratar de un asunto ya pasado en autoridad de cosa juzgada, toda vez que, mucho antes de que el Sr. Sierra saliese para los Estados Unidos, la solicitada neutralidad había sido concedida por aquel Gabinete, y ya también observada por los comodores Cooner y Perry.

Si, pues, Mérida educó á este intelecto, Campeche recogió y transmitió mucho de sus ópimos frutos; el nombre de Justo Sierra está encarnado en el de cada una de ellas; ambas están obligadas á ensalzarlo; ambas tienen el derecho de ostentarse con el reflejo de este sol que compartió su carrera para irradiar sobre cada una, como si hubiera querido significar que el «Padre de la Historia y Literatura» peninsulares estrechaba á las dos hijas de Montejo, para hacer á cada una partícipe de sus abundantes primicias y focos para la difusión de su luz á todos los ámbitos de la Península.

Años antes que nosotros, por la voz oficial, Campeche ha significado cuánto estima, y como gloria de esa localidad, el nombre del Dr. Sierra.

Por decreto de 26 de Octubre de 1873, fueron inscriptos con letras de oro, en la sala de actos del «Instituto Campechano,» los nombres del fundador del «Colegio de San Miguel de Estrada» y de los hijos de Campeche que, en este templo de la ciencia, fueron alumnos y sabios mentores en dos generaciones, de las que salieron los sapientes de más merecido renombre que ha tenido Campeche. Entre estas inscripciones se lee: JUSTO SIERRA.

Y ya que Campeche dista de poder hacer en su recinto la misma glorificación que Mérida, para no renunciar al honor que le corresponde, y para no incurrir en la nota de indiferente ó remiso, sea tolerado al menos competente —pero admirador, como el que más, de la personalidad histórica del Dr. Sierra— el presentar esta mal pergeñada narración que, no digna de formar en su apoteosis, tan sólo es el más humilde de los tributos depositados en el altar en que hoy se ofrenda á la gráfica y gigantesca personificación de aquella nueva era intelectual en que entró Yucatán.

Llegamos ante este altar con el temor que nos inspira nuestra propia deficiencia, á la vez que alentados por la consideración de que la gratitud y la admiración hacen accesible lo supremo, á todas las aptitudes y á todos los esfuerzos; toda vez que si es un privilegio hacer un elogio digno del redivivo en nimbo de gloria, es un sentimiento que de todos brota, el admirar esa grandiosidad destacada con tan hermosas proporciones: el ejercicio del privilegio cae bajo la acción de severa censura, y á la expansión del sentimiento la ampara la indulgencia. A ésta nos acogemos al hacer pública esta nuestra respetuosa y sincera conmemoración del que fué Dr. D. Justo Sierra de O'Reilly.

Campeche, Enero 15 de 1906.

MANUEL A. LANZ.



Princesa Victoria Eugenia de Battenberg y Alfonso XIII, Rey de España. Futuros esposos. ◀



IN MEMORIAM

A Don Joaquín Redo.

Apuraste la dicha, poco á poco,
en artística copa cincelada
por el trabajo y el amor. En nada
perturbó tu conciencia turbi6n loco

de pasi6n, encontrándote en el foco
de la nueva existencia disipada;
y no te vió la turba empecatada
ni delinquir, ni vacilar tampoco.

En el regazo vil de la miseria
fué manantial de caridad tu mano;
y de este mundo por la vana feria,

pasó tu sombra así, riente ó seria,
como por Israel pasó el cristiano:
espiritualizando la materia.

JESÚS E. VALENZUELA.

1906.



EL CORDERO NEGRO

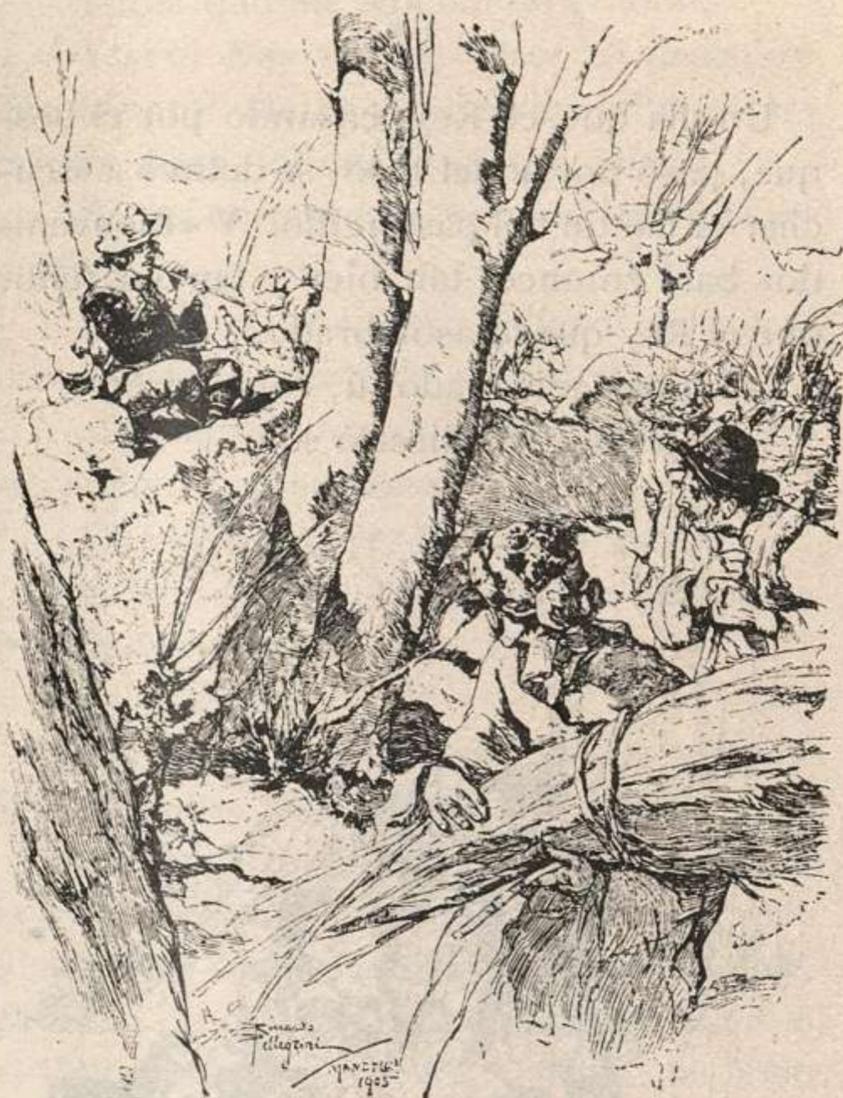
Otreemos á nuestros lectores un nuevo cuento de Luis Capuana, el insigne novelista, autor de «Fué un tiempo» . . . , volumen de fábulas que ha tenido tan gran éxito. Es una deliciosa excursión por el mundo fantástico de los gnomos, de las princesas rubias, de las hadas buenas y malas, de los encantamientos; es una vuelta á nuestros más hermosos años, un momento de tregua, de reposo, de olvido, en esta existencia nuestra de luchas y de agitaciones. El dibujante ha encontrado, igualmente, en la fantasía del escritor, asunto de bellísimas ilustraciones, que adornan estas páginas.

«Este era. . . . un pastorcillo poseedor de seis ovejas y seis cabras, así como de una gruta que le servía, mitad de guarida para sus bestiecillas, mitad de habitación para sí mismo.

Todas las mañanas conducía ovejas y cabras al pasto, hacia los montes, subiendo las pendientes escarpadas donde las ovejas podían agostar y regalarse con la yerba, sin

que el pastor tuviera que pagar nada á ninguno; y en tanto que las bestias rumiaban ó se tendían al sol esperezándose, nuestro cabrero sacaba tranquilamente de su bolsillo un flautín de caña, y se ponía á tocar la única sonata que había podido aprender, y semejaba un gemido.

Los campesinos que por acaso pasaban inmediatos, le gritaban sonriendo:



Los campesinos que pasaban . . .

—¡He, compadre! ¿Qué, te duele el estómago?

—¿Y á vosotros qué os duele? Contestaba invariablemente así, y volvía á soplar en el flautín y á hacerlo lamentarse horas y horas.

Al mediodía, sacaba de la gran bolsa de piel que llevaba, un gran pedazo de pan negro, y un poco de queso ó de cebolla, y los engullía satisfecho bajo los árboles, ó recostado al canto de una roca, según el puesto en que se encontraba.

Los campesinos que por acaso pasaban por ahí, le gritaban:

—Bueno, compadre! Pero el apetito no falta. . . .

—Ya sé yo lo que me hace falta!

—¿Qué cosa?

—No quiero decirlo á los tontos!

Y continuaba comiendo pan y queso, ó pan y cebolla, tan contento, que se hubiera dicho tenía delante las viandas más exquisitas.

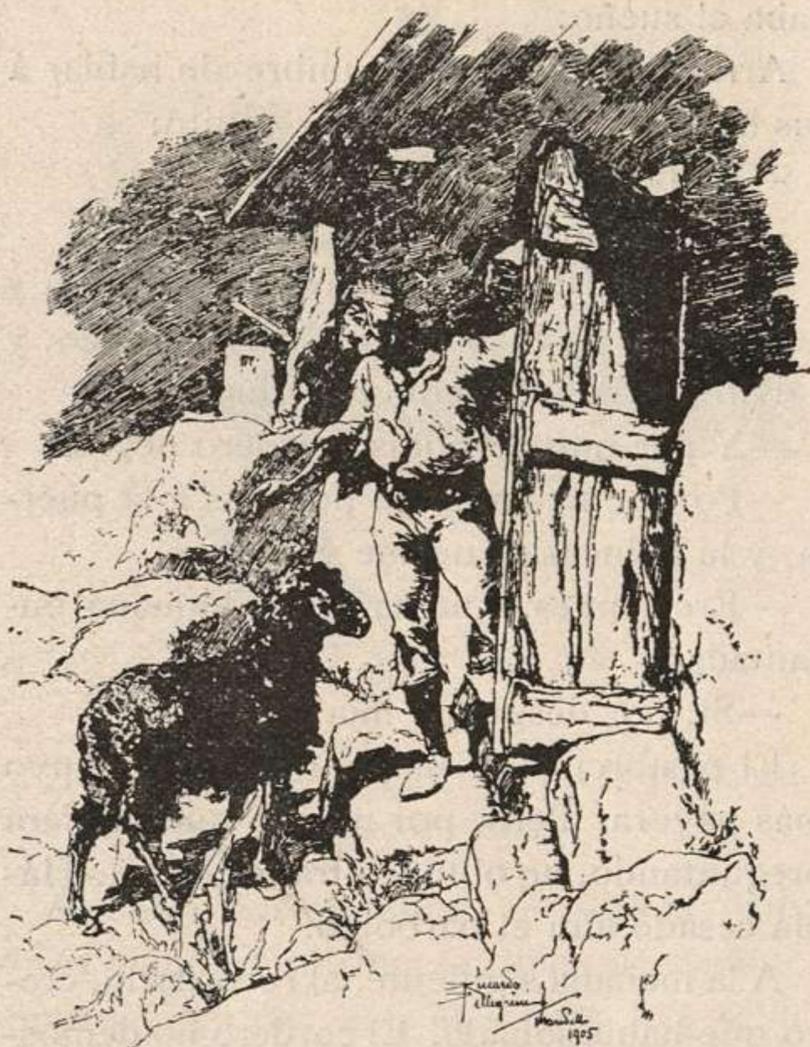
Y sucedió, que una noche de invierno, fué despertado bruscamente por un balido que escuchó en la puerta de la gruta, como

de alguna pobre bestia que pidiese abrigo llorando.

—Béee! Béee! Béee!

Se levantó del jergón en que estaba recostado bajo manta cubierta de lana, y fué á abrir la puerta, impresionado por aquel balido que semejaba un llanto.

—Entra, entra, criatura de Dios.



Entra, entra, criatura de Dios!

Y vió entrar un hermoso cordero negro, lanudo, que comenzó á restregar la nariz entre sus piernas, agradecido, como hacían á veces sus propias ovejas que lo conocían y lo amaban.

Vuelta á cerrar la puerta, se puso á acariciarlo; y entretanto, habituado á razonar con las ovejas y las cabras, porque pasaba días enteros sin ver ánima humana, él decía:

—Pobrecillo! Te has extraviado. Cómo fué? Tu dueño te buscará mañana, sin duda; te pondré á la puerta, é irás á reunirte con los tuyos.

Y el cordero baló:

—Béee! Béee! Béee!

—Ahora, silencio; arrincónate ahí; estarás calentito.

Satisfecho por la buena acción, el pastor-

cillo se arrebujo sobre la paja, se echó encima la manta de lana, y trató de dormirse.

En la sombra, le parecía oír un barboteo que venía del lugar en que el cordero se había arrinconado, como si una persona hablase ahí en voz baja. Era extraño! Pero, por mucho que tendiera la oreja, percibía tan sólo un murmullo confuso que le estorbaba el sueño.

Arrastrado por la costumbre de hablar á sus bestias, el pastorcillo preguntó:

—Barbotas tú, cordero negro?

—Sí, yo barboto!

El pobre cabrero desmayó de sorpresa y de pavor. Se hizo fuerte, sin embargo, y volvió á preguntar con voz trémula:

—Y por qué barbotas, cordero negro?

—Porque mañana me pondrás á la puerta, y la Princesita no me verá.

—Eres, pues, una criatura humana encantada?

—Sí, por desgracia mía!

El pastorcillo desmayó más aún, y tuvo más pavor. Pero, por mucho que siguiera preguntando, no obtuvo otra respuesta. Había cesado aun el barboteo.

A la mañana siguiente, al recordarlo, creyó que había soñado. El cordero no demostraba nada extraordinario. Se mantenía un poco intimidado, entre las cabras y carneros, que lo miraban con aire descontento, y no balaba siquiera.

Llevando á la pastura á sus ovejas, pensaba el pastorcillo:

—Si alguno lo ha perdido, en su busca vendrá; si nadie viene, quiere decir que el cielo me lo ha dado. Bienvenido!

Y, como sus ovejas y sus cabras tenían todas un nombre, y lo entendían, así el cordero negro fué llamado: «Bienvenido.»

«Bienvenido» estaba siempre á su lado y lo seguía como un perrillo. Y así fué, que se hizo en poco tiempo la bestia predilecta entre las otras, huéspedes de la pequeña gruta. Cuando el pastorcillo tocaba en el flautín, se le tendía á los pies, y de tiempo en tiempo dejaba escapar un balido que parecía el «ritornello» de la lacrimosa sonatina.

*
* *

Un día que el Rey, cazando por el bosque, pasó por aquel lado, se detuvo á escuchar el flautín del pastorcillo. Y «Bienvenido» baló entonces tan bien y tan en tono, que el Rey quedó asombrado.

—Lo has adiestrado tú, compadre?

—Majestad, se adiestró solo.



¿Lo has adiestrado tú, compadre?

—Mañana vendrás á mi palacio real con tu flautín y tu cordero; quiero que se divierta la Princesa.

—Como mandáis, Señor.

Pero en la noche, he aquí de nuevo el barboteo saliendo del rincón en que el cordero reposaba.

Arrastrado por la costumbre de hablar á sus ovejas, el pastorcillo preguntó:

—Barbotas tú, cordero negro?

—Sí, yo barboto!

—Ahora sí que no sueño, estoy lucido! pensaba el pastorcillo, doliente y aterrado. Y volvió á preguntar:

—Por qué barbotas, negra oveja?

—Si me conduces al palacio real, harás mi perdición.

—Pero qué voy á hacer? El Rey lo quiere así.

—Dirás que me ha comido el lobo.

—Y si el Rey no me cree? Si descubre que miento? Me hará encerrar en una cárcel; me hará, tal vez, cortar la cabeza.

—Si te cortasen la cabeza, te la pondré yo.

—Entonces, corro ese peligro? Ah, cordero negro, tú serás mi desgracia!

Y el pastorcillo se echó á llorar. Y entre sus sollozos preguntaba:

—Qué debo hacer, qué debo hacer?

Pero la oveja estaba muda; no barbotaba ni respondía ya.

Se hizo de día.

—Por esta vez no ha sido sueño! —pensaba el pobre pastorcillo.

Por una parte, le parecía crueldad llevar la oveja negra al palacio real, por haberle dicho ésta: será mi perdición. Y por la otra, pensaba en el daño que podía resultarle si el Rey descubría que la historieta del lobo era una fábula. No sacó á las ovejas y las cabras al pasto; sentado en un escabel que le servía cuando trasquilaba su ganado, con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas, se lamentaba así: —Ah, cordero negro, cordero negro! ¡Serás mi desgracia!

El cordero, acurrucado á sus pies, lo miraba y no decía palabra; hablaba solamente por la noche, en la sombra. Pero con aquellos ojos que lo miraban fijamente, parecía que invocaba piedad.

Y el pastorcillo resolvió marchar solo á palacio.

—Majestad, al cordero negro se lo ha comido el lobo.

—No es cierto. Tú sospechas que quiero retenerlo. Vaya una guardia á tu guarida. Y si me has engañado, ay de ti!

—Imaginad lo que sintió el desgraciado pastorcillo, viendo partir aquella guardia. Y le pareció nacer de nuevo cuando la guardia regresó y su jefe dijo:

—Majestad, no está el cordero negro en la guarida.

—Muy bien, dijo el Rey. Entretanto, has oír la sonatina de tu flauta á la Princesa; se divertirá.

El pastorcillo, ya contento, sacó de su bolsillo la flautucha, y ante la Princesa se puso á tocar: tiú, tiú, tiú. Pero en la cadencia en que el cordero negro solía lanzar su grito, que parecía un ritornelo, se oyó siempre el balido:

—Béee! Béee! Béee!



...y en presencia del Rey y de la Princesa se puso á tocar.

Al pobre pastorcillo se le cayó la flauta de la mano. La Princesa, llena de espanto, empezó á gritar; aun el mismo Rey se ha puesto blanco, como un pan de cera. No obstante, ordenó al pastorcillo:

—Repite la sonata.

El pastorcillo no tenía alientos para llevar la flauta hasta sus labios. Era el más asustado de todos, pues que sabía cómo andaban las cosas. Y para su colete repetía:

—Ah, cordero negro, cordero negro! Tú serás mi desgracia!

Se armó de gran valor y sopló en la flauta con el poco de aliento que tenía:

—Tiú! Tiú! Tiú!

Y nuevamente, en el lugar de la cadencia, he aquí que resonaba por los aires:

—Béee! Béee! Béee!

La Princesa se puso á chillar peor que antes, por el miedo. El Rey, la cara blanca como un pan de cera, miraba con ojos torvos al pastorcillo que temblaba como una caña azotada por el viento, y estaba más muerto que vivo.

—Majestad, este es un hechicero! exclamó uno de los Ministros. —Encerrémoslo en un calabozo, hasta que descubra su encantamiento.

Y el pobre pastorcillo fué arrojado al fondo de una cárcel, adonde no llegaba una hebra de luz. Y lloraba, lloraba:

—Ah, cordero negro, cordero negro! Tú has sido mi desgracia!

En la sombra, en un ángulo, oyó el acostumbrado barboteo.

—Eres tú, cordero negro?

—No desesperes. Sigue tocando tu flauta. El que bien ha hecho, bien espere. Ténlo presente.

Todos los días iba á gritarle el Ministro por la cerradura de la cárcel:

—Hechicero, quieres revelar tu encantamiento?

Y el pastorcillo contestaba, con la flauta: tiú! tiú!

Así reventarás de hambre y de frío!

Y el pastorcillo, en respuesta, con la flauta: tiú! tiú!

El Rey estaba poseído de todas las Furias porque al hechicero no se le podía sacar nada.

*
* *

Entretanto, qué cosa sucedía? Pues sucedía que la Princesa, repuesta del espanto del balido, pensaba todo el día en aquel cordero negro, del que su padre le hubiese hablado; y por la noche, lo soñaba; pero el cordero negro que ella veía en su sueño, en lugar de la cabeza de carnero con orejas derechas y con cuernos, tenía una testa de hermoso muchacho rubio que le sonreía y la devoraba con los ojos, pero no lograba hablarle.

Y pensando y pensando en el cordero negro con cabeza de hermoso muchacho rubio, se había puesto triste, pálida, enflaquecía, y después de algunas semanas no se le conocía ya, así estaba cambiada.

—Princesita, hija mía! qué te sucede? por qué estás tan afligida?

—No tengo nada, Majestad. Dejadme en calma.

Contestaba un poco desdeñosa, molesta por tan incesantes preguntas. Un día, finalmente, le dijo el Rey:

—Princesita, hija mía! Habla. Palabra de Rey, todo lo que me pidas lo tendrás.

—Palabra de Rey no vuelve atrás. Quiero marcharme por el mundo, en busca de fortuna.

—Qué cosa te falta, hija mía?

—No lo sé. Mi suerte así lo quiere!

—Ah —pensó el Rey.—Este es el encantamiento de aquel brujo de pastorcillo.

Y lo hizo conducir, encadenado, á su presencia.

—Infame encantador, qué maleficio has hecho á la Princesa? Quiere marcharse sola por el mundo, en busca de fortuna.

El pastorcillo, amordazado, respondía con ademanes, moviendo los brazos negativamente.

—Te doy tres días de plazo. Si pasados no has librado á la Reina de su encanto, brujo ó no, te hago cortar el cuello.

Pero la Princesa vino á arrojarse sollozando á los pies del monarca.

—Majestad, os lo ruego, dejadme que camine por el mundo en busca de fortuna. Palabra de Rey no vuelve atrás. No creo que este pobre me haya hecho maleficio. Si dentro de un mes, un día y una hora no estoy de vuelta, Majestad, seréis libre de decapitarlo.

El pobre pastorcillo, que no sabía nada de los sueños y alucinaciones de la Princesa, no quedó muy contento de las últimas palabras de aquélla. Se consoló un poquillo, recordando que la oveja negra, una vez, le había dicho: «Si te cortasen la cabeza, te la compondré yo!» Pero, vuelto al calabozo, comenzó á lamentarse.

—Ah, cordero negro, cordero negro! Tú has sido mi desgracia!

Y lo peor del caso fué que, por esta vez, el cordero negro no dió señal de vida, ni con su barboteo ni su balido.

*
* *

A el alba del día siguiente, vestida con modestia para disimular su regia alcurnia, la Princesa salía del palacio real y tomaba el sendero de los campos, á la ventura, donde la llevaban sus pies.

Camina que camina, cerca de un bosque obscuro, encontró á una hermosa doncella que recogía flores.

—A dónde vas, querida niña?

—Voy en busca de mi suerte.

—Y cuál es tu suerte?

—El cordero negro con cabeza de hermoso joven rubio.

—Vuelve hacia atrás, has equivocado el camino.

—Sabéis, pues, dónde se encuentra?

—Lo sé. Vuelve hacia atrás, y cuando hayas llegado al crucero que tiene un pozo en medio, toma tu izquierda. Después de un día de camino, encontrarás la guarida del cordero negro. Lleva siempre en la mano esta rosa; no podrás extraviarte.

—Gracias. Y vos, quién sois?

La Princesa se volvió de uno y otro lado; la doncella había desaparecido.

—Debe ser una hada —pensó.— No puede engañarme.



...vió desembocar una viejecita.

—Y volvió hacia atrás. Después de un cuarto de hora de camino, vió la Princesa desembocar de una vereda á una viejecilla que llevaba un haz de leña á sus espaldas. Se apoyaba en un silvestre bastón y movía con trabajo las piernas bajo el enorme peso de aquel hato. La Princesa le tuvo lástima.

—Buena abuelita, dadme vuestro hato, os ayudaré á llevarlo.

—Gracias, hija mía!

La Princesa le quitó el haz de leña de la espalda, y lo cargó á la suya. Y á su gran asombro, en tanto caminaban mano á mano la una al lado de la otra, calladas, el haz de leña se hacía siempre más ligero.

—Te has fatigado, hermosa mía?

—No, buena abuelita; no me he fatigado.

—Y á dónde vas, hermosa mía?

—Voy á buscar mi suerte.

—Y cuál es tu suerte?

—El cordero negro con la cabeza de hermoso joven rubio.

—Tira lejos esa flor, hermosa mía! Te la ha dado la enemiga del hermoso joven rubio. Mientras la lleves en la mano, perderás el camino. Mira, hermosa mía, el sendero directo es aquél.

—Gracias, buena abuelita. Y vos quién sois?

La Princesa se volvió de uno y otro lado, y la viejecilla había desaparecido.

A quién creer de las dos? Sería también una hada la buena abuelita, que había desaparecido como la otra?

Y sin más vacilar, tomó el camino recto que la vieja le había señalado.

Camina que camina, parecía que el sendero se alargaba ante ella. Se hacía de noche, amanecía; volvía á hacerse de noche, tornaba á amanecer, y, camina que camina por el sendero recto, parecía que todos los días se alargase éste al paso de la pobre Princesita. No dormía? Sí, pedía hospitalidad en las cabañas de los pastores, cuando la noche se acercaba. No comía? Sí, pedía algo de alimento á las mujeres de los pastores, que se lo daban por caridad, viéndola tan pálida, tan flaca y tan hermosa.

—A dónde vas, pobre criatura?

—Voy en busca de mi suerte.

—Que el cielo te ayude, pobre niña!

Y la Princesa daba las gracias y reanudaba su camino.

*
* *

Una tarde, hacia el crepúsculo, llegó á un desierto valle, pedregoso, rodeado de malezas. Y el corazón le palpité de dicha, oyendo en una gruta frente de ella, un balido —aquel mismo balido de sus sueños!— que parecía la llamase.

Corrió, se abrió la puerta y penetró á la guarida. A su vista, ovejas y carneros se pusieron á balar con fuerza, y el cordero negro que estaba á sus espaldas, más fuerte que todas.

Pero era aquél el cordero negro que buscaba?

—Todos los corderos negros se parecen! Todos balan de igual modo!

Y como había llegado la noche, la Princesa se tendió sobre la jerga que se encontraba en el fondo de la gruta, y se cubrió con la vieja manta de lana doblada á sus pies. Pero no lograba pegar los ojos.

Y he aquí que á media noche se oyó un barboteo.

—Quién barbota ahí?

—Princesa, soy yo, el cordero negro.

—Y sin maravillarse, respondió:

—El de la cabeza de hermoso joven rubio?

—El mismo.

—Te he buscado tanto! Pero en mis sueños nunca hablabas!

—No puedo. Estoy encantado por un maleficio; y sólo tú puedes conjurarlo. La infame hada que me hechizó, me dijo así:

«Eres príncipe, y te convertirás en carnero negro hasta que la Princesa te lave con su llanto.»

—Lloraré, hermoso Príncipe rubio! Lloraré!

*
* *

Y la Princesa, por amor al Príncipe, se hizo pastorcilla. Todas las mañanas llevaba

sus carneros y sus cabras al pasto; y mientras ellos agostaban, la Princesa lloraba, lloraba....

Los campesinos que por acaso pasaban por ahí, le preguntaban:

—Qué te sucede, pastorcilla?

—Nada. Lloro hoy, para reir mañana!

—Y el pastorcillo de la flauta, tiú! tiú! ha, tal vez, muerto!

—Quién lo sabe? Lloro hoy, para reir mañana.

Y se ponía á llorar nuevamente. Los campesinos la tomaban por loca. Pero todas aquellas lágrimas desteñían lentamente la lana del cordero negro. Ahora, sólo quedaba negra la cola. El cuello se había vuelto de una pureza de nieve. La Princesa, después de haber llorado casi un mes, no podía más. Ya sus hermosos ojos manaban pocas lágrimas; y el cordero, echado á sus pies, la miraba con ojos que parecía invocaban su piedad; era preciso que no le quedara un solo pelo negro en la piel.

En vano la Princesa se exprimía los ojos; las lágrimas no salían ya! Y se desolaba, en el día, apasentando las ovejas, y en la noche, en la obscuridad, tratando de dormirse, en tanto que el cordero negro repetía dolorosamente:

—Encanto! Encanto!

Sufría también al recordar al pobre pastorcillo preso en un calabozo; debía sentirse morir lentamente cada día que pasaba. Si la Princesa no regresara al palacio real al mes, un día y una hora, el Rey le haría cortar la cabeza!

*
* *

Una mañana despertó cuando el sol estaba ya muy alto, y qué fué lo que vió? Vió al pobre cordero, ahora blanco ya como la nieve, fuera de un lunar negro que le quedaba en la cola, tendido por tierra, hinchado como un odre que se llenaba á la vista de todos, y parecía que debiera reventar. Las ovejas y las cabras rodeadas de él, lo miraban asustadas, como llorando ya al compañero que estaba para morir.

Ante aquel espectáculo, sintió la Princesa que el corazón se le llenaba.

—Ah, Príncipe mío! Príncipe mío!

Y de improviso, le brotó de los ojos un río de lágrimas.

Se oyó un ruido extraño, y he aquí que de la piel del cordero salió un hermoso joven rubio, el hermoso joven rubio que ella había visto tantas veces en sus sueños. Con los ojos soñolientos, se torcía, estiraba los brazos, movía los pies para desentumecerlos. Y cuando estuvo bien despierto, se quedó maravillado de ver delante aquella joven pálida, flaca, con el rostro aún bañado de lágrimas, y que le miraba sin poderle decir palabra, no menos maravillada que él.



De la piel del carnero salió un hermoso joven rubio.

—Quién sois? Qué queréis de mí? Por qué me perseguís?

—Soy la Princesa, la que ha conjurado tu encanto.

—Sois el hada: «Encanto! Encanto!» Pero antes que desposarme con vuestra protegida, prefiero volver á ser cordero negro!

Ay de mí! El encanto persistía aún, si el Príncipe no reconocía á la Princesa, su salvadora. No había, pues, llorado lo bastante la pobre Princesa? Luego se dió cuenta de

que el hermoso joven rubio tenía un mechón de cabellos negrísimos, que formaban una fea mancha sobre la nuca, en medio del oro de la revuelta cabellera.

Las lágrimas continuaban bañándole el rostro, sin que la Princesa hubiese pensado en enjugarlas. Inclino un poco la cabeza, y se puso á recogerlas en el hueco de la mano; y cuando ésta se hubo llenado, se acercó cautelosamente al Príncipe, y se las virtió sobre la nuca, en el lugar en que estaba la mancha de cabellos negrísimos. El Príncipe dió un grito, y cayó desvanecido por tierra.

—Ah, Príncipe mío! Príncipe mío!

Pero, poco á poco, volvía el Príncipe en sí, y, contemplándola un instante, con una sonrisa de beatitud y de agradecimiento en los labios, le tomaba la mano y se la besaba, repitiendo:

—Gracias, Princesa! Gracias.
Encanto! Encanto!

* * *

Y se besaron. La mancha negra había desaparecido. Y la Princesa lloraba, pero de alegría.

El Príncipe le contó en breves palabras su triste historia.

Aquella hada maligna quería que se casase con una princesa que ella protegía; y por haberse rehusado, le había lanzado aquel conjuro.

La Princesa, en breves palabras, le contó también su triste historia.

—Ahora, es necesario que me apresure á regresar al palacio real. Si pasa el mes, un día y una hora, el pobre pastorcillo será decapitado.

Se tomaron de la mano y se marcharon.

* * *

Camina que camina, parecía que el sendero se alargaba ante ellos. Se hacía de noche, amanecía; volvía á hacerse de noche,

tornaba á amanecer; y los campesinos á quienes pedían alimento y albergue por el camino, viéndoles tan hermosos y tan jóvenes —la Princesa había reflorecido,— preguntaban:

—A dónde vais, pobres niños?

—Vamos en busca de la felicidad!

Parecía una respuesta dada por broma, y algunos contestaban:

—Si la encontráis, mandadla por acá. El cielo os ayude!

Hubieran querido tener alas en los pies; pero he aquí que luego encontraban de trecho en trecho, interceptada la ruta por peñascos amontonados, por sepias de punzantes espinas que la Princesita y el Príncipe tenían que remover para abrirse camino, y que los hacían retardar.

*
* *

En el fondo, en tanto, de la obscura prisión, vuelto casi un esqueleto, el mísero cabrero contaba las horas. Y ahora faltaban ya bien pocas para la decisión de su suerte! Si la Princesa no llegaba á tiempo! Y se lamentaba de esta suerte:

—Ah, cordero negro, cordero negro! Tú has sido mi desgracia.

El Rey, de lo alto de la torre del palacio real, miraba si tornaba alguno de los escuderos enviados á caballo por diversos caminos en busca de la Princesa. Debían traerle al galope de sus corceles la dichosa nueva. Pero no se veía llegar á ninguno.

Y como estaba convencido de que, por el maleficio de aquel brujo del pastorcillo, había perdido la hija única, á quien tanto quería, transcurrido el mes y el día señalados, ordenó que el verdugo estuviese listo con el cepo y el hacha. Pasada la hora, su palabra de Rey no faltaría á ningún compromiso; y se proporcionaría, al menos, la satisfacción de hacerle cortar la cabeza al hechicero.

Faltaban solamente unos minutos. Sacado fuera de la cárcel, con las manos ligadas á la espalda, el desgraciado pastor fué conducido al lugar del suplicio. El verdugo le

había vendado los ojos, le había acomodado bien la testa sobre el cepo, esperando que sonara el último minuto. El pobrecillo repetía con débil voz:

—Ah, cordero negro, cordero negro! Tú has sido la causa de mi desgracia.

Pasó el minuto, y el pastorcillo casi no tuvo tiempo de sentir que el tajo neto del hacha le había separado la cabeza del tronco.

Justamente en aquellos momentos llegaba á todo correr uno de los mensajeros:

—Majestad, la Princesa! La Princesa!

Y la muchedumbre, reunida para asistir al suplicio, se abrió para dejar pasar á la Princesa y al Príncipe, que llegaban jadeantes, rendidos, y que se detenían aterrados ante el cadáver sangriento del pobre pastorcillo.

El Príncipe, sin vacilar un momento, tomó por los cabellos la cabeza que boqueaba aún y, uniéndola al busto, exclamó:

—Encanto! Encanto! vencido seas. Encanto! Encanto!

El pastorcillo se puso en pie, como si nada hubiera pasado. Se sacudió el polvo de las mangas, y se fué yendo serio, serio, sin saludar á nadie. Tenía prisa de volver á ver á sus cabras, si vivían aún!

*
* *

Las encontró vivas y más gordas de lo que las había dejado; y en un ángulo de la gruta, vió amontonadas algunas piezas de queso; menos mal si alguien había pensado en suplirlo.

Un sueño le parecía encontrarse de nuevo con sus animales, sobre aquellos prados al rayo abierto del sol; y, sacando de la bolsa su flautín, tocaba hasta perder aliento: tiú! tiú! tiú!

Pocos días después, mientras que comía alegremente su pan y su cebolla, tendido á la sombra de un árbol, como lo había hecho durante tantos años, vió llegar á un hombre á caballo, y venía en busca suya.

—Pastorcillo, me envía tu Rey: quiere que te presentes en palacio. Lleva contigo tu flauta, así lo ordena su Majestad.

El pastorcillo, recordando los apuros sufridos, no podía pasar el bocado que tenía masticado.

—Iré uno de estos días.

—No, en seguida; debéis montar á la grupa de mi caballo. El Rey lo ordena así.

Se encogió de hombros, resignado; dió una mirada de adiós á sus bestias —las volvería á ver?— y montó á la grupa del caballo que partió como flecha.

Se había imaginado no sé qué nuevos males, y, por el contrario, el Rey, la Princesa y el Príncipe, lo acogieron con gran agasajo en el palacio real. La Princesa y el Príncipe debían desposarse aquel día, y habían querido que el pastor, durante la ceremonia, sonase su flautín: tiú! tiú! tiú!

El Rey lo hizo sentar al lado de la novia cuando llegó la hora del banquete, y el pobre cillo, confuso por tanto honor, no sabía cómo llevarse á la boca los manjares que el camarero le ponía delante.



Se lo sentó al lado de la novia.

—Si tú no me hubieses acogido en la gruta aquella vez, no estaría yo aquí, y penaría aún bajo la piel de un cordero negro. Pideme alguna merced: te será luego concedida.

—Príncipe —repuso el pastorcillo,— la

única gracia que te pido es la de tornar á mi gruta y á mis bestias. Ahí he vivido, y ahí y con ellas quiero morir.

Quisieron darle muchos y riquísimos dones.

—Gracias. No sabría qué hacer de ellos. He comido siempre pan y cebolla, ó pan y queso, y no quiero otra cosa. Si acaso, como recuerdo. . . .

—Pide, pide lo que quieras, pastorcillo —dijo alentándolo la Princesa.

—Si acaso, regaladme un hermoso cordero negro.

—Ya había pensado en ello.

Y el Príncipe hizo llevar á la sala un lanudo cordero negro, escogido en los rebaños del Rey.

—Y ahora, á mi manera, quiero haceros mis buenos augurios.

Y el pastorcillo sacó de la vieja bolsa el flautín, y comenzó á tocar: tiú! tiú! tiú!

El Rey, la Princesa y el Príncipe, toda la corte, batió palmas. Después, agarrando por las cuatro patas al cordero negro, el pastorcillo se lo echó al cuello, y, dando nuevamente las gracias, se marchó.

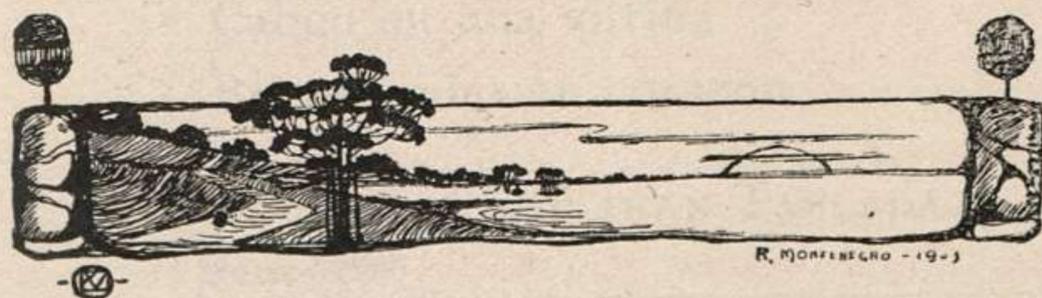
Desde aquel día su pequeño rebaño prosperó siempre más.

Había oído decir que en este mundo, por lo común, el bien se corresponde con el mal.

—No es siempre así —pensaba.— Y por eso es mejor, cuando se puede, hacer algún bien á alguien.

Y tranquilo y contento con su suerte, continuó comiendo de buen grado su grosera pitanza de pan negro con cebolla y queso, y haciendo sonar por los campos su flauta de caña: tiú! tiú! tiú!

LUIGI CAPUANA.



R. MORFENEGRO - 1903



Srita. Mercedes Mc. Gregor.



MADRIGAL

A la Srita. Mercedes Mc. Gregor.

Es tu faz nieve entintada
 Con la sangre de un clavel;
 Tu negra ceja arqueada
 Es el rasgo de un pincel;

Es tu mirada sutil,
 Y en contraste seductor
 Junta un asombro infantil
 Con un ensueño de amor.

Es tu frente albor de luna,
 Tu boca, flor de begonia,
 Y eres breve como una
 Porcelana de Sajonia.

Por delicada tu mano
 Cabe en una rosa-té,
 Y cabe, fino y enano,
 en otra rosa tu pié.

Y tu belleza divina
 Y tu gracia y seducción
 Caben en una vitrina
 Breve como un corazón.

JOSÉ JUAN TABLADA.

México 1906.



COMEDIA DE ENSUEÑO

Una cueva en el monte, sobre la encrucijada de dos caminos de herradura. Algunos hombres á caballo llegan en tropel, y una vieja asoma en la boca de la cueva; su figura se destaca por obscuro sobre el fondo rojizo donde llamea el fuego del hogar. Es la hora de anochecer.

LA VIEJA.—¡Con cuánto afán os esperaba, hijos míos! Desde ayer tengo encendido un buen fuego para que podáis calentaros. Vendréis desfallecidos.

La vieja éntrase en la cueva, y los hombres descabalgan. Tienen los rostros cetrinos, y sus pupilas destellan en el blanco de los ojos con extraña ferocidad. Uno de ellos queda al cuidado de los caballos, y los otros, con las alforjas al hombro, penetran en la cueva y se sientan al amor del fuego. Son doce ladrones y el Capitán.

LA VIEJA.—¿Habéis tenido suerte, mis hijos?

EL CAPITÁN.—¡Ahora lo veréis, Madre Silvia! Muchachos, juntad el botín para que puedan hacerse las particiones.

LA VIEJA.—Nunca habéis hecho tan larga ausencia.

EL CAPITÁN.—No requería menos el lance, Madre Silvia.

La Madre Silvia tiende un paño, y sus ojos acechan avarientos cómo las manos de aque-

llos doce hombres desaparecen en lo hondo de las alforjas y sacan enredadas las joyas de oro, que destellan al temblor de las llamas.

LA VIEJA.—¡Jamás he visto tan rica pedrería.

EL CAPITÁN.—¿No queda nada en tus alforjas, Ferragut?

FERRAGUT.—¡Nada, Capitán!

EL CAPITÁN.—¿Y en las tuyas, Galaor?

GALAOR.—¡Nada, Capitán!

EL CAPITÁN.—¿Y en las tuyas, Fierabrás?

FIERABRÁS.—¡Nada!

EL CAPITÁN.—Está bien. Tened por cierto, hijos míos, que pagaréis con la vida cualquier engaño Alumbrad aquí, Madre Silvia.

La Madre Silvia descuelga el candil. El Capitán requiere las alforjas, que al entrar dejó sobre un escaño que hay delante del fuego, y los ladrones se acercan. Sobre aquel grupo de cabezas cetrinas y curiosas, flamea el reflejo sangriento de la hoguera. El Capitán saca de las alforjas un lenzuelo bordado de oro, y al desplegarlo se ve que sirve de mortaja á una

mano cercenada: una mano de mujer con los dedos llenos de anillos y blancura de flor.

LA VIEJA.—Cada uno de esos anillos vale una fortuna: no los hay ni más ricos ni más bellos. . . . Aprended, hijos. . . .

EL CAPITÁN.—¡Bella también es la mano, y mucho debía serlo su dueña!

LA VIEJA.—¿No la has visto?

EL CAPITÁN.—No. . . . La mano asomaba fuera de una reja, y la hice rodar con un golpe de mi yatagán. Era una reja celada de jazmines, y sin el fulgor de los anillos, la mano hubiera parecido otra flor. Yo pasaba al galope de mi caballo, y sin refrenarlo, la hice caer entre las flores, salpicándolas de sangre: apenas tuve tiempo para cogerla y huir. . . . ¡Ay, si hubiera podido imaginarla tan bella!

El Capitán queda pensativo: una nube de tristeza empaña su rostro, y en los ojos negros y violentos que contemplan el fuego, tiembla el áureo reflejo de las llamas y de los sueños. Uno de los ladrones alcanza la mano, que yace sobre el paño de tisú, é intenta despojarla de los anillos, que parecen engastados á los dedos yertos. El Capitán levanta la cabeza y fulmina una mirada terrible.

EL CAPITÁN.—Deja lo que no puedes tocar, hijo de una perra. Deja esa mano que en mal hora cortó mi yatagán. ¡Así hubieran cegado mis ojos cuando la vi!

El Capitán suspira, y los ladrones callan asombrados de ver cómo dos lágrimas le corren por las fieras mejillas.

LA VIEJA.—¡Así hubieran cegado tus ojos!

EL CAPITÁN.—¡Pobre mano blanca que pronto habrá de marchitarse como las flores! Diera todos mis tesoros por unirla otra vez al brazo de donde la corté. . . .

LA VIEJA.—¡Y acaso hallaras un tesoro mayor!

EL CAPITÁN.—Y por ver el rostro de aquella mujer diera la vida. . . . Madre Silvia, tú que entiendes los misterios de la quiromancia, dime quién era.

La Madre Silvia toma entre sus manos de bruja aquella mano blanca, y sin esfuerzo la despoja de los anillos. Luego frota la yerta palma para limpiarla de la sangre y poder leer en sus rayas. Los ladrones callan y atienden.

LA VIEJA.—¡Desde el nacer, esta mano hallábase destinada á deshojar en el viento la flor que dicen “de la buenaventura!” Es la mano de una dama encantada que, cuando dormía el enano su carcelero, asomaba fuera de la reja llamando á los caminantes para indicarles la senda.

EL CAPITÁN.—¡Con qué tierno misterio esa mano me llama ahora á mí!

LA VIEJA.—Ojos humanos no la habían visto hasta que la vieron los tuyos, porque el poder del enano á unos se la fingía como paloma blanca, y á otros como flor de la reja florida.

EL CAPITÁN.—¡Por qué mis ojos la vieron sin aquel fingimiento!

LA VIEJA.—Porque se había puesto los anillos para que más no la creyesen ni paloma ni flor. Y pasaste tú, y de no haberla hecho rodar tu yatagán, te habrías desposado con la dama, que es una princesa.

El Capitán calla pensativo. La Madre Silvia, á la luz del candil, cuenta y precia los anillos. Ferragut, Galaor, Fierabrás y los otros ladrones, hacen la división del botín.

FERRAGUT.—Dadme acá esos anillos, Madre Silvia.

GALAOR.—Dejad que los veamos.

FIERABRAS.—¡Buen golpe ha dado el Capitán!

ARGILAO.—¿No serán esos anillos cosa de encanto, que desaparezca?

SOLIMÁN.—Si eso temes, yo te compro él que te caiga en suerte.

BARBARROJA.—Yo te lo compro, te lo cambio ó te lo juego.

LA VIEJA.—¡Esplenden tanta luz, que hasta mis manos arrugadas parecen hermosas con ellos!

Después de estas palabras hay un silencio: se ha oído el canto de la lechuza, y todos atienden. Aún dura el silencio, cuando en la boca de la cueva aparece una sombra con sayal de penitente y luenga barba. Entra encapuchada y doblándose sobre el bordón: en medio de la cueva se endereza y se arranca las barbas venerables que arroja en el hogar, donde levantan una llama leve y volandera. Los ladrones rien con algazara. El Capitán pasea sobre ellos su mirada.

EL ERMITAÑO.—Una nueva os traigo que no es para fruncir el ceño, Capitán.

EL CAPITÁN.—Dila pronto y vete.

EL ERMITAÑO.—Antes de amanecer, pasará por el monte una caravana de ricos mercaderes.

Los ladrones se alborozan con risa de lobo que muestra los dientes. Ferragut afila su puñal en la piedra del hogar, y la vieja echa otro haz en el fuego.

EL CAPITÁN.—¿Son muchos los mercaderes?

EL ERMITAÑO.—Son los hijos y los nietos de Eliván el Rojo.

EL CAPITÁN.—¿Y á dónde caminan?

EL ERMITAÑO.—A tierras lejanas, con sedas y brocados para las tres hijas de un Rey.

El Capitán calla contemplando el fuego, y vuelve á sumirse en la niebla de su ensueño. En la cueva penetra cauteloso un perro, uno de esos perros vagabundos que de noche, al claro de la luna, corren por la orilla de las veredas solitarias. Se arrima al muro, y con las orejas gachas rastrea en la sombra. Alguna vez levanta la cabeza y olfatea el aire: los ojos le relucen; es un perro blanco y espectral. Se oye un grito. El perro huye, y en los dientes lleva la mano cercenada, flor de albura, flor de misterio, que yacía sobre el paño de oro. Los ladrones salen en tropel á la boca de la cueva. El perro ha desaparecido en la noche.

EL CAPITÁN.—¡Seguidle!

FERRAGUT.—Parece que las sombras se lo hayan tragado.

SOLIMÁN.—Entró en la cueva sin ser visto de nadie.

GALAOR.—Es un perro embrujado.

BARBARROJA.—Por suerte, se lleva solamente la mano, que de los anillos ya había cuidado de despojarla la Madre Silvia.

EL CAPITÁN.—¡Seguidle! La mitad de mis tesoros daré al que me devuelva esa mano. ¡Seguidle! Ferragut, Galaor, Solimán, batid el monte sin dejar una mata. Barbarroja, Gaiferos, Cifer, vosotros corred los caminos. ¡Pronto, á caballo! La mitad de mis tesoros tiene el que me devuelva esa mano, y todos los anillos que habéis visto lucir en sus dedos yertos. ¡Pronto, pronto, á caballo! ¿No habéis oído? ¿Quién desoye mis órdenes? A batir el monte, á correr los caminos, ó rodarán vuestras cabezas.

El grupo de los ladrones permanece inmóvil en la encrucijada, y más al fondo, los caballos, con las sillas puestas, muerden la yerba áspera del monte. La luna ilumina el paraje rocoso, batido por todos los vientos. Se oye que pasa á lo lejos la caravana lenta y soñolienta. La Madre Silvia, desde la entrada de la cueva, deja oír su voz.

LA VIEJA.—Hijos míos, no corráis el mundo inútilmente, que moriríais de viejos á lo largo de los caminos sin hallar la mano de la Princesa. . . . La caravana pasa; aprovechad el bien que os depara la suerte.

EL CAPITÁN.—Calla, vieja maldita, si no quieres que te clave la lengua con mi puñal.

FERRAGUT.—¡No lo permitiera yo!

SOLIMÁN.—¡Ni yo!

BARBARROJA.—La Madre Silvia habla en razón.

GALAOR.—El Capitán ha sido hechizado por aquella mano que cortó.

CIFER.—Yo por nada del mundo me pondría uno solo de sus anillos.

GAIFEROS.—Yo, si alguno me toca en suerte, desde ahora lo renuncio.

EL CAPITÁN.—¡Callad, hijos de una perra! Yo iré solo, pues de ninguno necesito. Vosotros quedad aquí esperando la soga del verdugo.

Adelanta un paso hacia el grupo de su gente, y queda mirándolos con altivo desdén. Los ladrones esperan torvos y airados, prevenidas las manos sobre los puñales. Se oye más cerca el rumor de la caravana que cruza por el monte. El Capitán, con una gran voz, llama á su caballo, monta y se aleja.

LA VIEJA.—¡Aguarda un consejo!

ARGILAO.—¡Ya nunca volverá!

FERRAGUT.—Desde ahora, yo seré vuestro Capitán.

BARBARROJA.—Yo lo seré.

SOLIMÁN.—Ved que todos pudiéramos decir lo mismo.

GALAOR.—Lo echaremos á suertes.

CIFER.—Que los dados decidan quién ha de ser.

La Madre Silvia tiende en el suelo el paño de oro que fué mortaja de la mano blanca, y los ladrones fían su suerte á los dados, mientras por el camino que ilumina la luna corre un jinete en busca de la mano de la PRINCESA QUIMERA.

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.





EVANGELEIDA

(Del libro inédito «Alma-América.»)

Musa de las Américas: el día
 en que violando los ignotos mares,
 te sorprendió la ibérica osadía,
 retemblaron en todos sus altares
 los dioses de tu vieja idolatría;
 porque Jesús, envuelto en sus aureolas
 —él que en su barca predicó la idea,—
 al ver zarpar las barcas españolas,
 vino —como otra vez en Galilea,—
 caminando hasta aquí sobre las olas....

El árbol de la Cruz clavó en el suelo
 nuevas raíces; anudó los lazos
 del esférico mundo con el cielo;
 y, cual rasgando misterioso velo,
 por entre la espesura abrió los brazos....

Musa de las Américas: tú tienes
 árboles gigantescos, cuyas hojas
 dignas son de ceñir augustas sienes,
 cuyas ramas simulan con sus nidos

arpas de ensueño que en las cuerdas flojas
hacen que se acurruquen los sonidos;
cuyas flores son ánforas lucientes,
cuyos troncos son líricas cinturas,
cuyas largas raíces son serpientes
que se retuercen entre peñas duras;
tú tienes, sí, los árboles más bellos:
tú, en ese día, con sorpresa has visto
cómo triunfaba sobre todos ellos
el que cargó en sus hombros Jesucristo!

Cuando saltó Colón, sorpresa honda
embargaba su espíritu; y risueño,
penetró al bosque, se perdió en la fronda,
y volvió á aparacer, como en un sueño.
¡Oh paraíso aquél!

Pero ¿qué mano
en tal misterio resguardó el tesoro?
¿Quién llevó al genovés por el océano
hasta dejarle en esas Islas de Oro?
¿Qué afán era ese afán con que él quería
dar la vuelta á las Indias Orientales?
¿Qué fe la fe con que, en glorioso día,
vió, al través de su propia fantasía,
las arduas cumbres y las selvas reales?
Golpeó la tierra firme que en su anhelo
buscó inspirado; se postró de hinojos;
hizo una cruz y la besó en el suelo;
y, mudamente, levantó los ojos

Y en el rústico altar, bajo la sombra,
ante los agrupados marineros
que se postraron en la verde alfombra,
mientras que relumbraban los aceros,
el sacerdote, en actitud de altivo
conquistador de paz, no en són de guerra,
por la primera vez el cuerpo vivo

alzó de Dios sobre la virgen tierra;
 y cuando, así, la hostia consagrada
 arrastró con espíritu cristiano,
 de los sorpresos indios la mirada,
 por detrás de esa bíblica rapsodia
 el sol apareció, cual si una mano
 pusiese en el altar una custodia!

El sacerdote, ante Colón —que al suelo
 clavó los ojos,— levantó la frente,
 para bañar con el fulgor del cielo
 el marfil de su calva reluciente.
 Nunca más bello fué que en aquel día!
 Como trenzado grupo de culebras,
 su apostólica barba parecía
 nieve, que, en chorros de plateadas hebras,
 bajo el oro del sol se derretía!

Y cuando el genovés volvió en sí mismo,
 postrado siempre, los abiertos ojos
 hundió en aquellos resplandores rojos,
 como si se escapase de un abismo;
 y del mar en los límpidos espejos
 vió destacarse, entre las vivas luces,
 mástiles de tres barcas, que á lo lejos
 fingían el perfil de las tres cruces.
 ¡Redención! ¡Redención!

En ese instante,
 desde Tenochtitlán hasta las sierras
 del indomable Arauco, fué uno mismo
 el temblor que corrió.

Ya no el vibrante
 Tezcatlipoca inspirará las guerras,
 ni Tahuil triunfará sobre el abismo;
 ya no la del quiché «sierpe de plumas»
 adorada será; ni ya en lo alto,
 Bochica, entre el vellón de las espumas,

endiosará del Tequendama el Salto;
ya no en Cholula irradiarán los cultos
de víctimas sangrientas, ni el salvaje
adorará en las noches del bosque
las sombras de sus muertos insepultos;
ya no del Inca el Sol regirá el coro
de vírgenes envueltas entre encaje
y aprisionadas en el Templo de Oro:
dioses vencidos son, dioses truncados,
bajo el único Dios de los Tres Nombres,
que hace la redención de los pecados
y predica el amor entre los hombres.....
Tal, sobre el Templo, con que al Sol un día
en el Cuzco endiosó la tan famosa
raza de Manco, en regia idolatría,
hoy, en medio á los últimos escombros,
se alza un templo cristiano, que reposa
en esas ruinas cual si fuese en hombros!
¡Redención! ¡Redención!

No en vano ha sido
el que sobre las iras del oceano,
Colón creyese en Dios; y que encendido
se sintiese en su Fe. No ha sido en vano
el que, sin esperanza ya en el hombre,
esperase de Dios celeste guía;
no ha sido en vano el que su barca un nombre
ostentase de Fe: —«¡Santa María!»

¡Santa María! A ti vuelve los ojos
la Humanidad, que espera todavía;
á ti, que á haber podido, los abrojos
hubieras arrancado de la frente
del divino Jesús, para clavarte
con ellos ¡ay! el corazón doliente;
á ti vuelve los ojos hasta el Arte,
para pedirle á tu bondad el brillo
de esa inefable inspiración del cielo,

que inundaba las telas de Murillo
 y que agitó el pincel de Rafaelo.
 ¡Santa María! Hermosa cual ninguna
 eres en esa noche de la Pascua,
 sentada al pie de la pajiza cuna:
 mientras que arde el lucero como un ascua,
 estás tú con el Niño, los pastores
 y los querubes de perfiles vagos
 previendo en los lejanos resplandores
 la caravana de los Reyes Magos

Hermosa cual ninguna eres más tarde,
 cuando el Esposo á la egipciaca tierra
 te lleva con el Niño, mientras que arde
 el Idumeo en cóleras de guerra:
 te ampara un árbol, que el follaje extiende
 sobre toda tu angélica figura
 y hasta del mismo viento te defiende,
 como si adivinase tu hermosura.

Pero cuando, á las plantas de tu Hijo
 yerto en la Cruz, inconsolable lloras
 y en tu dolor el pensamiento fijo
 siglos de ese dolor sufres en horas;
 cuando besas las plantas, aunque en vano,
 de tu hijo muerto ya, ¡Santa María!
 entonces ¡ay! ante el dolor humano
 pareces más hermosa todavía!

Colón, por eso á ti volvió los ojos;
 y tú que le escuchaste, tú que viste
 por qué aquel hombre se postró de hinojos,
 tú que como eres triste amas al triste,
 no vacilaste ya.

Se lanzó el hombre
 contra la adversidad del mar profundo;
 tú le diste una barca con tu nombre

y con tu nombre la mitad del mundo!
.....¿Posible es que el Señor no hubiese visto
antes el Nuevo Mundo?

¿En el Calvario
no miró en su agonía Jesucristo
lo que miró en su sueño un visionario?
¿No surgieron jamás, de las pupilas
del divino Señor á la luz pura,
estas regiones que hasta ayer tranquilas
se refugiaban en la noche oscura?
Sí! Fué en la Tentación.....

Cuando en la cumbre
vió, del Angel del Mal ante el imperio,
Jesús rodar la humana muchedumbre
y girar la extensión de ese hemisferio,
pudo también prever en el océano,
de su Calvario á las sangrientas luces,
mástiles de tres barcas, que no en vano
fingían el perfil de las tres cruces.....
Sí! Fué en la Tentación.....

Libro Sagrado:

ábrete por la página en que empieza
su Evangelio Jesús Crucificado.....
Musa de las Américas: tú, admira!
El agua bautismal en tu cabeza
debe caer. ¿No tienes en tu lira
voces para cantar sino el bosque
y el torrente y el sol....? La cruz te gana.
Entra en la nueva Fe, Musa salvaje!
En el nombre de Dios: ¡ya eres cristiana!
Y así fué:

Soledad.

Mudo desierto,
al tibio soplo de la brisa, apenas
mueve en ondas fugaces las arenas
como para decir que no está muerto:
yermo afligido por la sed, ansía

refrescar la penuria que lo enciende,
 bajo un sol que embravece la ardentía
 de ese inmenso cansancio que se tiende;
 perezoso arenal, sólo vestido
 de secos musgos y punzantes zarzas,
 mientras que, suavemente y sin ruido,
 van pasando y pasando hacia su nido,
 como hilos de collar, series de garzas.....

Es en ese arenal donde el camello,
 de vanidosa jiba, humilde frente
 y blandísimo paso, alarga el cuello
 y en vano busca un pozo transparente
 que poder empañar con su resuello;
 es en ese arenal donde, en enjambre
 rebullidor, los negros moscardones
 suelen hacer la aparición del hambre,
 sobre el cadáver de una fiera hirsuta
 ó de un corcel que bélicas legiones
 dejaron sólo en medio de la ruta;
 es en ese arenal donde, en la fosca
 cueva, la araña entre sus hilos gira,
 donde hasta el viento apenas si respira,
 la culebra letárgica se enrosca
 y el can bañado de sudor se estira.....

Y es en ese arenal lóbrego, donde
 sale una voz, cual de profunda cueva,
 á la que un eco de dolor responde:
 —Yo soy la Voz que clama en el Desierto!
 Mientras que allá . . . se escucha otra voz nueva:
 —Yo soy la Caridad que ora en el Huerto!

Huertos de Nazareth, bosques de olivos,
 fraganciosos y rítmicos pinares,
 cinamomos en flor, cedros altivos,
 rosas de sangre opresas en las garras

de las espinas, castos azahares,
céspedes frescos, retorcidas parras.
Tal el alegre campo en que ha crecido
el amable Jesús; tal el honesto
regazo patriarcal: es como un nido,
es como un ramillete, es como un cesto....

Fué ahí donde la Virgen inocente,
á manera del cántaro que lleno
trajo del agua pura de la fuente,
sintió colmado de la Gracia el seno;
fué ahí donde el Querub reverberante
la llamó ¡Ave María! ató los lazos
de Dios con su Hijo y se elevó al instante,
mientras que ella á los cielos suplicante,
como lira armoniosa, arqueó los brazos;
fué ahí la pastoral no interrumpida
del buen Niño Jesús: mordió las pomas;
cortó las flores; alegró su vida;
y enseñó su cabeza siempre erguida,
entre un revoloteo de palomas....

Fué ahí donde el Señor bebió los lampos
del crepúsculo suave que se aleja,
mientras que en el silencio de los campos
retemblaba el balido de una oveja;
fué ahí donde oraciones y congojas
mezcláronse, cual músicas de un coro,
con el fru-frú de las crujientes hojas,
con el run-rún de las avispas de oro;
donde Cristo, en las dulces emociones
que infundía en su pecho la floresta,
elevaba congojas y oraciones
entre las aves como entre una orquesta;
donde, por un encanto misterioso,
tierra y cielo sonríen, el reposo
grato es al corazón, el sol sus llamas

templa entre los follajes, sus amores
charlan los cristalinos surtidores,
las flores se enderezan en las ramas
y las aves se posan en las flores!
Y bien, ¡Hijo de Dios! ¿Por qué abandonas
el de tu Nazareth campo florido?
¿Por qué cambias las líricas coronas
de rosas frescas con que te has ceñido
por ese sol de las judaicas zonas?
¿Por qué dejas los brazos maternales
que te apoyan al seno blandamente
y buscas, en los yertos arenales,
ese peñón donde apoyar la frente?
¿Por qué, cruzando la extensión remota,
buscas, en los desiertos de Judea,
el soplo tibio que tu faz azota,
el sudor recio que tu fuerza agota
y el coruscante sol que te caldea?.....

Deja solo al Baustista, en buena hora,
vanamente clamar en el desierto:
él es el nuncio de la nueva aurora;
tú eres la aurora sobre el mundo muerto.

El Precursor, envuelto en sus bermejas
pieles de dromedario, irgue ante el mundo
áspero rostro de arrugadas cejas,
como ermitaño hambriento y sitibundo
que de langostas vive y miel de abejas.
Déjale solo en su actitud sagrada!
Él penitencia y aflicción predica;
tú endulzas el dolor con tu mirada:
él es el anatema que anonada,
y tú eres el perdón que reedifica!.....

Ah! Tú también con el ejemplo quieres
consolar al espíritu afligido;

y tú, que el Santo de los Santos eres,
tú que en el corazón sólo haces nido
al compasivo amor, tú en penitencia
debes gemir.....

Envuelve en tu gemido
el ciego mal, la humana delincuencia,
el injusto dolor, el odio artero,
la acusadora voz de la conciencia,
la desesperación del mundo entero;
y así que hayas con trágicos ayunos
gastado las postreras energías,
entre los apetitos importunos
de sed y de hambre treinta y cinco días,
verás aparecer, cerca, á tu lado,
al Angel de la Sombra, que el pecado
multiplica también cual tú los panes,
y, después de que sufras desgarrado
tantos apocalípticos afanes,
como si aún en tu dolor impío
no se sintiese Lucifer saciado,
vendrá la Tentación.

— ¡Oh Jesús mío!—

Tal dice Lucifer humildemente:
— ¡Oh Jesús mío!— y al hablar suspira....
Tiene, para halagar con la mentira,
astucias de mujer ó de serpiente....
Jesús sonrío; y, sin hablar, le mira.
No tiene, nó, las membranosas alas
que le quedaron cual postreras galas
de su perdida excelsitud: aquellas
que parecen las velas triangulares
de una barca, que boga, entre centellas,
sobre un motín de tenebrosos mares.....

Forma humana reviste. A cada paso,
deja en el suelo las fugaces huellas

de un fuego fatuo que se ápaga ...El raso
de la tarde le cubre con estrellas:
hay ya golpes de sombra en el ocaso;
y la tierra que tímida se espanta
de aquella sombra entre el dudoso enredo,
cada vez que él la oprime con su planta,
tiene un temblor cual si sintiese miedo

No vanamente Lucifer confía
del árido desierto en los horrores:
ama el desierto y su aridez sombría:
porque tampoco en el Infierno hay flores!

Jesús sonrío; y suave, castamente,
pone sobre él sus ojos.

Desmayado
en una peña recostó su frente;
pero la alza veloz cuando á su lado
siente esa aparición, como se siente
el golpe de una lanza en un costado.

De rodillas está: su amplia melena
los bucles ensortija en cada hombro;
partida en dos, su barba nazarena
se retuerce también; su rostro enjuto
tiene una palidez como de asombro;
una aureola le ciñe; su impoluto
labio se arquea en fatigoso aliento;
y su cabeza doblegada y grave,
retiembla al concebir el pensamiento
como una flor en que se posa un ave!

¡Ah! pero su mirada—esa mirada
con que envuelve á los tristes pecadores,
con que parece fecundar la nada,
con que habla al corazón del que lo tiene,
y al que no tiene se lo da—fulgores

ha de una luz que de otros mundos viene!
 Nó, no se puede ni intentar siquiera
 decir lo que relumbra en sus pupilas,
 que están clavadas en la faz de cera
 eternamente dulces y tranquilas

Cuando le vió Jesús, Lucifer todo
 se estremeció.

Quedar no pudo extraño
 á tan grande bondad; y sufrió al modo
 de aquellas almas de ambición impura,
 envueltas en la hiel del desengaño,
 á que la envidia sin piedad tortura,
 porque el ajeno bien les hace daño!
 Breve el diálogo es.

—¿No me conoces?

—Sí tal: el que anda en las tinieblas eres.

—Yo sé que tus tormentos son atroces
 y vengo á ti para saber qué quieres.

Vengo á ofrecerte pan para tu ayuno,
 agua para tu sed. ¿Por qué el sombrío
 dolor te aflige así? Quise oportuno
 llegar para servirte. ¡Oh Jesús mío!—

Jesús sonríe

—¿Y te sonríes? Vano
 quieres llamarte Hijo de Dios. Olvidas
 que estás hecho también con lodo humano.
 Haz que esas piedras, si eres Dios cual dices,
 se conviertan en pan!—

¡Con qué afligidas
 miradas ve Jesús las infelices
 ansias del Tentador! Ante el insano
 afán de Lucifer que aquellas horas
 á turbar viene, de su Padre en nombre
 habla y dícele así:

—Quizás ignoras

que tan sólo de pan no vive el hombre. . . .

—Entonces, ven!

Y por el aire, entonces,
se llevó Lucifer al inocente
Jesús hasta el pináculo del Templo.
Jerusalem, Jerusalem: tus bronce
mudos están. La cúpula fulgente
de la Casa de Dios mira el ejemplo
de piadosa humildad con que se entrega
Jesús á Lucifer.

—Échate abajo,
si eres Hijo de Dios; porque, así, al verte
vivo caer, la muchedumbre ciega
te adorará. Ya ves que sin trabajo
puedes ser Dios, si triunfas de la muerte.—

Y Jesús le responde que está escrito:
no tentarás á tu Señor!

. . . Un manto
le envuelve Lucifer; luego le anuda;
y en sus hombros le carga: lanza un grito
y, con sus alas ya, rasga el espanto
de aquella soledad lóbrega y muda.
Pasan sombras en rauda muchedumbre.
Ya están en pie los dos, sobre un granito.

Con soberbia satánica, esa cumbre
es como una amenaza al Infinito!

—Mira! —le dice Lucifer— ¡El mundo!
¡El mundo te daré, si es que me adoras!
La Roma de los Césares, la Atenas
de las Artes, la India del profundo
filósofo, las perlas seductoras
de Ormuz, los blancos mármoles sin venas
del Pentélico, el oro de Zipango,
el bronce de Corinto, el trigal rubio

que el Nilo fecundiza sobre el fango,
 el tesoro del Aureo Vellocino;
 todo desde el Sahara hasta el Danubio:
 plata, incienso, marfil, púrpura, lino —

Entonces ¡ah! cuando Jesús admira
 cómo alrededor de aquella cumbre gira
 el antiguo hemisferio, de repente
 ve aparecer el Nuevo Continente
 prometido á su Fe

Y él que suspira
 á cada tentación, en cuanto sólo
 ve aparecer la costa perfilada
 de este Mundo que va de polo á polo,
 se sonríe, suspende la mirada
 y dice á Lucifer:

—Vete!—

Al instante
 huye el Angel Caído, cuyo vuelo
 tabletea en un trueno resonante

Y Jesús queda solo bajo el cielo!

«Cuando huye Lucifer, ya no sombríos
 sino plenos de sol los horizontes
 están . . . Viéndole huir, ladran los ríos,
 y le apedrean, al pasar, los montes

Así en el fondo del Infierno, en tanto
 que la Natura en derredor se alegra,
 él se envuelve en sus alas de quebranto
 como una enorme mariposa negra!

Y cuando á él la pavorosa corte
 se acerca y le pregunta, en ira ciego,
 salta, pónese en pie, como un resorte;
 y quiere hablar, pero se le hace un nudo

en la garganta y, retemblando, luego se desploma otra vez. ¡porque está mudo!

Mudo también, como él, quede el poeta, que, al cantar á la América, se olvida de cantar á su Dios.

Copa repleta
en este Mundo de placer y vida.

En esta copa de Jesús los labios
refrescáronse así, tras ías impías
torturas y los últimos resabios
que le dejaran los cuarenta días.
¡Oh qué cuadro de gloria!

Dios se inflama
al ver cómo le dan, en un chispazo,
el iris de su linfa el Tequendama,
el iris de su nieve el Chimborazo.
Desenroscados en el bosque umbrío
van los ríos corriendo á la manera
de sierpes de salud. ¿Cuál ese río
que hechos de tantos corre? El Amazonas!
El Amazonas en veloz carrera
canta un himno; le arranca sus coronas
al bosque tropical; y cuando estalla,
leguas endulza el mar como si fuera
Ejército de Dios que entra en batalla!
Y se extienden las pampas y llanuras,
como alfombras de santas procesiones
que no acaban jamás. . . . Las espesuras
dan nuevas flores, nuevos frutos, nuevas
hojas, para que sufran tentaciones
también otros Adanes y otras Evas. . . .
El Orinoco por cincuenta bocas
canta un himno á su Dios. . . . En el Estrecho,
palpita un corazón entre las rocas,
cual si quisiese rebosar del pecho. . . .

Costas, sierras, montañas; seculares
bosques; lagos de paz y brisas leves;
pájaros de rarísimas canciones;
cúspides que al subir son como altares,
donde hay, en la pureza de las nieves,
tempestades que son como oraciones.

Tal ha visto Jesús.

Si hirió su pecho
la Tentación, si el arenal le ha dado
horas de amargo afán, ¡qué bien le ha hecho
tal visión á su espíritu angustiado!
El bebió la salud que se derrama
por este campo abierto, hinchó sus venas
con el jugo que corre en cada rama
de esta espesura, disipó sus penas
con el brillo del sol sobre los Andes
de sien de plata, estimuló su vuelo
con el vuelo del condor de alas grandes,
abrió sus ansias, endulzó sus cuitas:
y vió este cuadro, al fin, como un consuelo
de sus desolaciones infinitas!

Y tú, Musa—¡oh la Musa del bosque,
del torrente y del sol!— ya que te inspira
Jesús también, recibe en la cabeza
el agua bautismal. Cambia de traje;
ajústale otros nervios á tu lira,
y á repicar el Evangelio empieza.
Regocíjate ya: la Cruz te gana!
Entra en la nueva Fe, Musa salvaje!
En el nombre de Dios: ¡ya eres cristiana!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.



BERNARDO COUTO CASTILLO.

El día 3 de Mayo fué muy luctuoso para esta redacción. Bernardo Couto Castillo, legítima esperanza para las letras nacionales, desapareció de entre nosotros apenas culminados los veinte años de su edad, el año de 1901. La «Revista Moderna,» al dedicar un recuerdo á su inolvidable iniciador, deposita una corona embrillantada por el llanto, en la fosa del efebo cantor de Pierrot y Colombina.

Pocos escritores, á los años de Couto, han derrochado más fina y cultivada imaginación en la descripción de la bella Naturaleza, pocos con más refinamiento artístico se han asomado al corazón humano. Su obra, pequeñísima, por cierto, resurgirá algún día de las prensas nacionales. El joven autor soñó hacer una edición de sus PIERROTS, ilustrada por el genial Julio Ruelas. Quizás algún día la «Revista Moderna,» en homenaje á Couto, realice ese sueño, haciendo para sus suscriptores una edición como la que deseaba el original y refinado escritor.

EN EL CIRCO-TEATRO ORRIN

La muy conocida empresa de los hermanos Orrin, obsequió el Viernes 4 del presente con una espléndida función en su local de la plazuela de Villamil, á la prensa de esta capital. La decoración floral del Circo era magnífica, todos los palcos fueron ocupados por los redactores de los principales periódicos de México, y el programa fué ejecutado en todas sus partes por los artistas de la compañía, con aplauso repetido de la concurrencia.

Elegantes criados repartieron frecuente-

mente, entre los asistentes, pasteles, dulces y refrescos con que los Señores Orrin obsequiaron á sus invitados, con la galantería especial que los caracteriza.

A las doce de la noche terminaba la selecta función, retirándose todo el mundo complacido del trabajo de los artistas de la compañía y del «savoir-faire» de los populares empresarios.

La «Revista Moderna,» al dar las cumplidas gracias á los Señores Orrin, celebra una vez más su amabilidad y su galantería.

D. RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA

El lunes 21 del presente, falleció el insigne profesor Don Rafael Angel de la Peña, con profundo sentimiento de todas las clases intelectuales de México. Generalmente conocido el Sr. Peña, no sólo en México, sino en el extranjero, como lingüista y excelente escritor, deja un vacío inmenso en la Academia Mexicana correspondiente de la Española, de la cual era secretario perpetuo. En el profesorado mexicano, su ausencia es tan lamentable, que viejos profesores y jóvenes estudiantes, lloran hondamente su pérdida. Ocupó el ilustre desaparecido, altos puestos políticos y universitarios, y fué un dechado de aptitud y honradez. «La Revista,» profundamente conmovida, deposita en su tumba un manojo de siemprevivas.

LAS FIESTAS DE MAYO



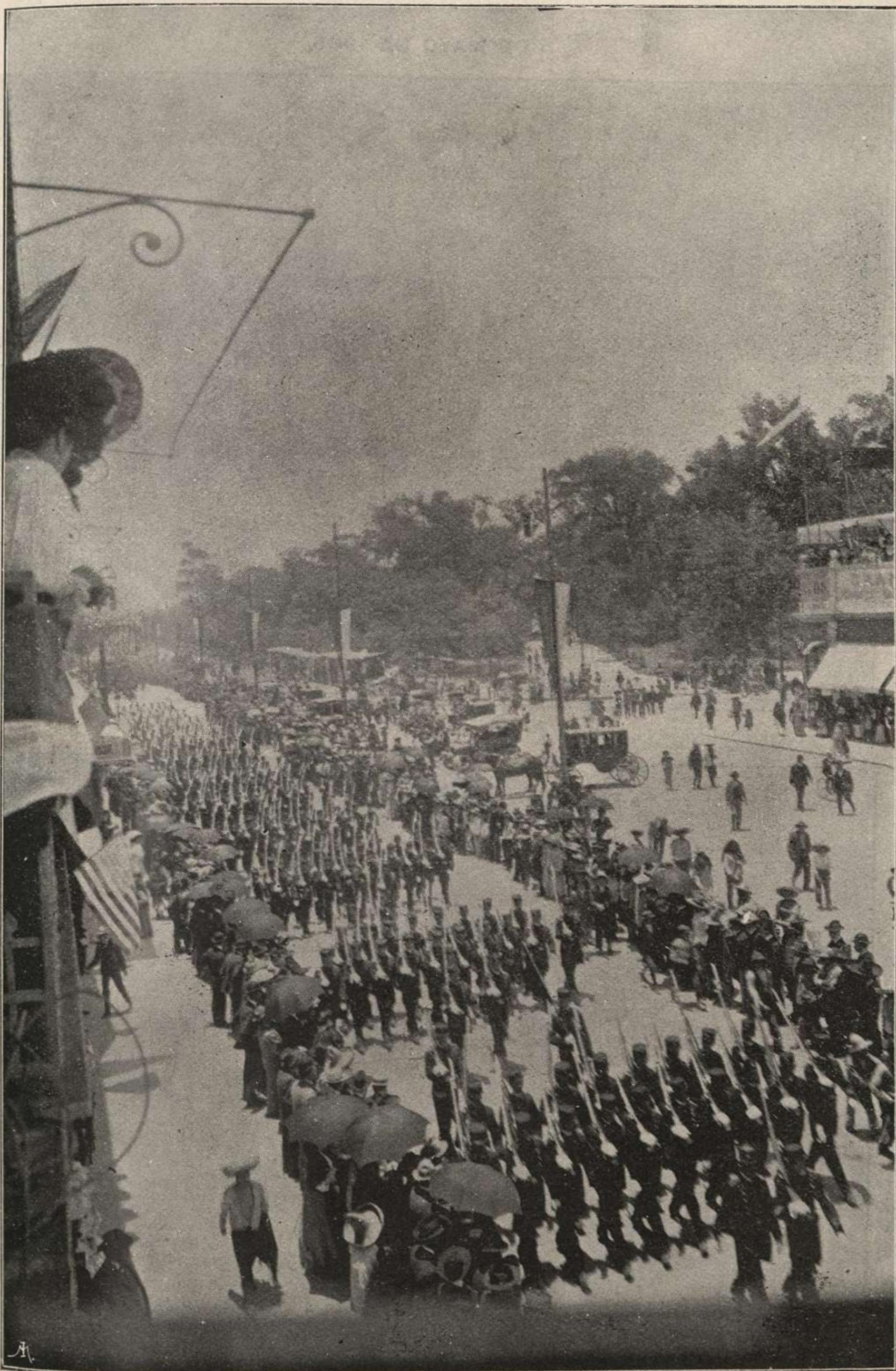
Gral. Ignacio Zaragoza, defensor de Puebla en 1862.

5 DE MAYO DE 1906.



El Sr. Presidente de la República, regresando de la tribuna monumental de Chapultepec.

5 DE MAYO DE 1906.



Desfile del Colegio Militar por las calles de la Ciudad.

5 DE MAYO DE 1906.

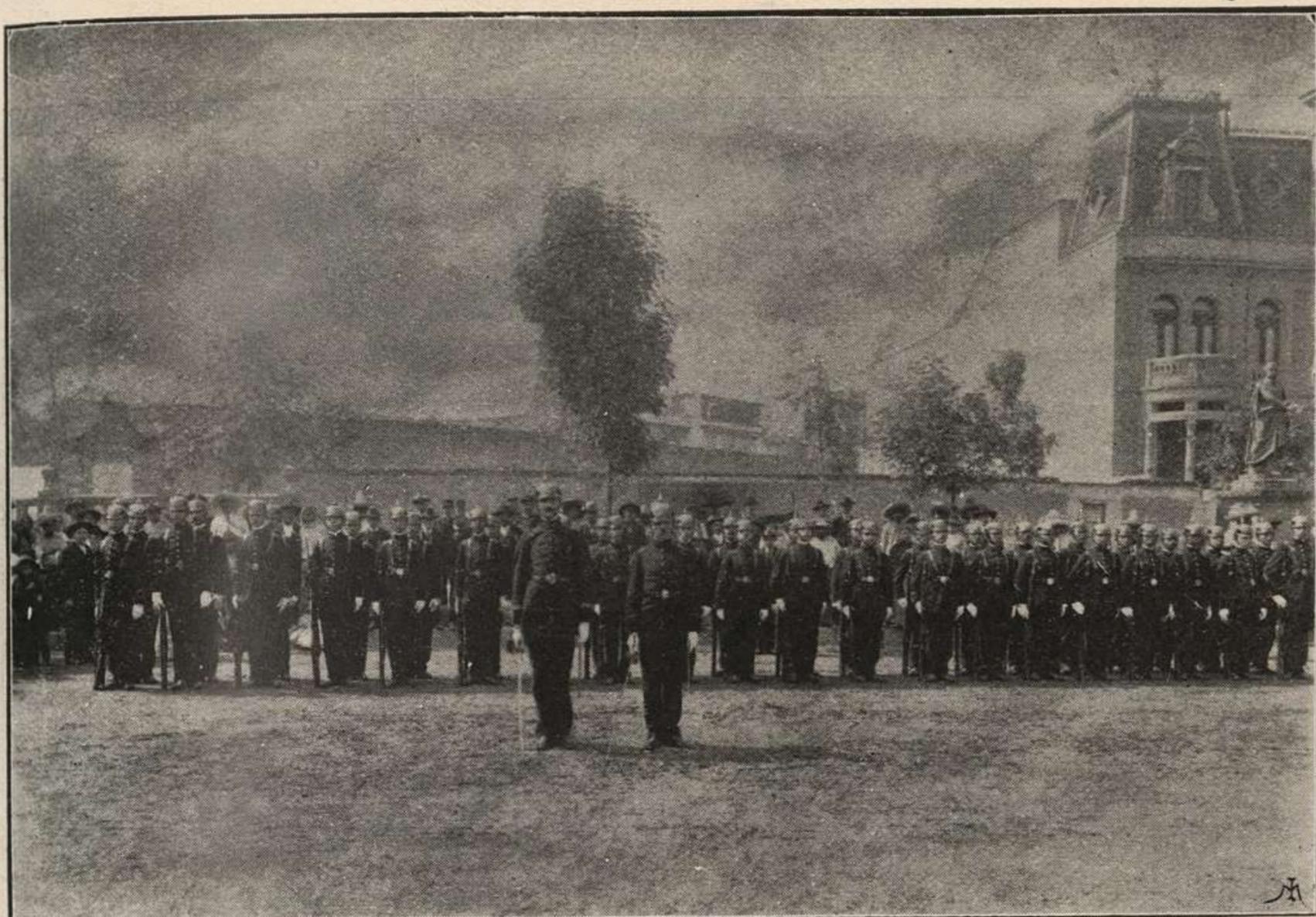


Teniente Coronel Miguel Ruelas, Comandante de la Escuela M. de Aspirantes.—(Geo. B. Clyde).



Grupo de Caballería de la Escuela M. de Aspirantes.—(Geo. B. Clyde).

5 DE MAYO DE 1906.



Grupo de infantería de la Escuela M. de Aspirantes.—(Geo. B. Clyde).

6 DE MAYO DE 1906.—COMBATE DE FLORES.



Propiedad del Diputado D. Vicente Luengas.



6 DE MAYO DE 1906.—COMBATE DE FLORES.

Primer premio en el último Combate de flores. Niños Díaz y Raigosa.

15 DE MAYO



A la entusiasta fiesta del día 5 del presente, sucedieron el combate floral del día 6, y la celebración del 15, día en que en 1867 fué ocupada la plaza de Querétaro por las fuerzas republicanas al mando del Gral. Don Mariano Escobedo, siendo hechos prisioneros el emperador Maximiliano y sus Generales Miramón, Mejía y Méndez, los cuales pagaron con su vida la intentona de establecer un imperio en México. El recuerdo del sangriento final de Maximiliano, dió fin en España más tarde al reinado de un príncipe de la casa de Saboya, y fijó definitivamente la institución republicana en el continente americano.

Cumple á la Redacción de nuestro periódico depositar piadosamente, en la tumba del bizarro Gral. Escobedo, las flores más exquisitas de esta nueva primavera.

EPITALAMIO

A S. M. EL REY

Leído por su autor en el Ateneo de Madrid.

I.

Señor, todos los cuentos cuya ingenua fragancia
 perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
 contaban de las bodas de un Rey adolescente,
 noble como una espada, como un Abril riente,
 con la bella Princesa de una isla lejana,
 cándida y rubia como la luz de la mañana.

Y estampas luminosas, mostraban, ya á los dos
recibiendo en el templo la bendición de Dios,
ya, en una perspectiva de ensueño, á los fulgores
del sol, los milagrosos cortejos de colores:
Infantas de pureza lilial y ojos azules,
cubiertas de brocados, de joyas y de tules,
Abades, con su adusta comunidad, vestida
de blanco y negro (sombras y luz. . . . ¡como la vida),
Señores y Embajadas, radiantes de oro y plata,
morados arzobispos ó nuncios escarlata.

Los cuentos terminaban con frases siempre iguales,
siempre de esta manera: "Y hubo fiestas reales,
vinieron muchos príncipes de países extraños,
trayendo cada uno magnífico presente,
y la Princesa rubia y el Rey adolescente,
vivieron muy felices y reinaron cien años."

II.

Señor, Rey de una tierra de clásica hidalguía,
en donde, en otros tiempos el sol no se ponía,
Rey de esta madre Patria que miran como hijos
innumerables pueblos, los cuales tienen fijos
hoy en ella sus ojos oscuros, con amor,
nieta de cien monarcas preclaros, oh Señor,
en vos miramos todos los hijos de la Grey
hispana al joven símbolo de la raza. Sois Rey
aún, en cierto modo, de América, como antes:
Rey, mientras que el idioma divino de Cervantes
melifique los labios y cante en las canciones
de diez y ocho Repúblicas y cincuenta millones
de seres; mientras rija las almas y la mano
el ideal austero del honor castellano.

Rey, mientras que las vírgenes de esa América mía
lleven en sus miradas el sol de Andalucía;

Rey, mientras que una boca con celeste reclamo
 pronuncie en nuestra lengua sin par un "Yo te amo!"
 Rey, mientras de unos ojos ó de unos labios brote
 ya el llanto, ya la risa, leyendo á *don Quijote*;
 Rey, mientras que no olviden al palpitar las olas
 el ritmo que mecía las náos españolas;
 Rey, mientras haya un héroe que oponga el firme pecho
 como un baluarte para defender el derecho;
 Rey, como cuando el manto de torres y leones
 cobijaba dos mundos como dos corazones;
 Rey, en fin, en las vastas mitades del planeta,
 mientras haya un hidalgo y un santo y un poeta!

III

Señor, aquesta rima que os trae mi labio ufano,
 que siempre se gloria de hablar el Castellano,
 es de mi bella patria la ofrenda perfumada,
 el lírico homenaje de mi México amada,
 de aquella noble México que en dos mares se baña,
 y á quien nuestros abuelos llamaron *Nueva España*,
 porque en ella encontraron la imagen de este suelo,
 la misma tierra ardiente y el mismo azul del cielo!

IV.

Señor, como en los cuentos cuya ingenua fragancia
 perfumó los tranquilos senderos de mi infancia,
 celebráis vuestras bodas, vos Rey adolescente,
 noble como una espada, como un Abril riente,
 con la bella princesa de una isla lejana
 cándida y rubia como la luz de la mañana.

¿Qué desear ahora para vuestro contento
 sino que todo acabe también como en un cuento,

y pueda repetirse con las sacramentales palabras de los cuentos: "Y hubo fiestas reales; vinieron muchos príncipes de países extraños trayendo cada uno magnífico presente, y la Princesa rubia y el Rey adolescente vivieron muy felices y reinaron cien años!"

AMADO NERVO.

AMADO NERVO EN EL ATENEO DE MADRID

ATENEO DE MADRID.—LOS POETAS MEXICANOS.—El notable poeta y escritor mexicano Don Amado Nervo, Secretario de la Legación de México, en Madrid, dió anoche en el Ateneo, una interesantísima conferencia, dividida en dos partes, para dar á conocer á los poetas de su patria.

Con frase correctísima y elocución fácil, fué haciendo la biografía de los poetas de México y leyendo algunas de sus poesías selectas.

Entre ellas fueron muy aplaudidas las de Francisco de Terraza, muerto en 1604; Sor Juana Inés de la Cruz, y de los poetas modernos José Rosas, Pantaleón Tovar, el Padre Pagaza, Don Justo Sierra, Manuel Acuña, Gutiérrez Nájera y Agustín F. Cuenca.

La segunda parte fué más interesante aún, por ser menos conocidos los poetas

de que en ella se hizo mención. Las composiciones más celebradas fueron: una de Jesús E. Valenzuela, á la muerte de su esposa; «El Desertor,» del gran Salvador Díaz Mirón; otras de Manuel José Othón y Rebolledo; «Los Gatos,» admirable trozo literario de Balbino Dávalos; un soneto de José Juan Tablada, y «El Baúl,» de Luis G. Urbina.

Terminó la velada con una mención á Santos Chocano y un homenaje á España en nombre de los poetas de América, simbolizada en un Epitalamio al Rey, del Sr. Don Amado Nervo, que provocó en el auditorio varias explosiones de entusiasmo.

Cuanto oyeron anoche al Sr. Nervo, salieron complacidos del Ateneo y encantados de la poesía mexicana.

("El Liberal.")

ECOS ACADÉMICOS.—ATENEO.—El Secretario de la Legación Mexicana en esta Corte, Don Amado Nervo, hizo anoche una interesante lectura de poesías de los más afamados vates de su país, antiguos y modernos, siendo de alabar su esmerado acierto en la elección de las composiciones.

El Sr. Nervo, que es, además, un notable poeta, puso fin á la agradabilísima velada, leyendo un hermoso Epitalamio, de que es autor, inspirado en la próxima boda de nuestro Monarca, y poniendo de manifiesto su acendrado amor por España. El Sr. Nervo fué objeto de calurosos aplausos.

(“A. B. C.”)

ATENEO DE MADRID.—Amado Nervo, el notable poeta mejicano, cuyas valiosas composiciones tuvo ocasión de aplaudir no ha mucho el Ateneo, dió anoche una nueva velada en este Centro, con el fin de presentar á los mejores poetas líricos, compatriotas suyos, que viven en la actualidad.

El Sr. Nervo leyó también, y por cierto de un modo magistral, algunos versos de escritores mexicanos, que pueden ya considerarse como clásicos, analizando de paso, con ingenio y recto juicio, la índole espiritual de cada uno de ellos.

Fué aplaudidísimo, y al final del acto leyó un hermoso epitalamio suyo, dedicado á Su Majestad el rey, que le valió una ovación entusiástica, así por el mérito de la obra como por el acendrado amor á España que campea en cada una de sus estrofas.

[“El Imparcial.”]

LA POESÍA MEXICANA EN EL ATE-
NEO.—Amado Nervo ha iniciado anoche, en el Ateneo de Madrid, una serie de lecturas verdaderamente interesantes. Se propone el gran poeta mexicano darnos á conocer poco á poco á todos los poetas de

América, leyendo lo mejor de cada uno y acompañándolo con ligeras notas acerca de la vida y la obra del autor. Ahora que tanto se habla de la confraternidad hispano-americana, estas lecturas serán de una importancia indiscutible, puesto que tendrán un doble interés artístico y social.

Un notable periodista planteaba hace pocos días, por medio de un brillante artículo, la cuestión del castellano en América. El castellano, en efecto, está evolucionando de un modo distinto en España y en las Repúblicas americanas de habla española, y esto se debe, principalmente, á la falta de comunicación intelectual entre la América latina y su antigua metrópoli. Toda labor en pro de esta comunicación, ha de sernos necesariamente útil y agradable. Amado Nervo la ha emprendido anoche con extraordinario acierto en el Ateneo de Madrid, y bien vale la pena de hacer constar que, si como diplomático, Nervo es un secretario de tercera ó cuarta clase en la Legación de México, México no podía enviar á España un más alto embajador intelectual que Amado Nervo.

Entre los poetas que Nervo nos ha presentado, recordamos á Sor Juana Inés de la Cruz, Jesús E. Valenzuela, Luis G. Urbina, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Efrén Rebolledo, Balbino Dávalos, José Juan Tablada, Gutiérrez Nájera y Acuña, el suicida del *Nocturno*.

Con un tacto exquisito, Nervo ha sabido recoger las flores más hermosas de cada jardín. En realidad, la velada de anoche ha sido, más que una lectura de poesías, un precioso estudio acerca de los poetas mejicanos. Por medio de someras noticias bibliográficas, de anécdotas, de recuerdos íntimos, Nervo nos dió una idea precisa de cada poeta y luego nos leyó un trozo de sus obras. La concurrencia tuvo cordiales aplausos para los literatos mejicanos y para su ilustre representante en Madrid.

Terminó Nervo la velada con una poesía suya en homenaje á España, verdadera maravilla en la que aplaudimos una vez más el arte soberano del gran poeta.

Amado Nervo, á instancias de la sección de Literatura del Ateneo de Madrid, se propone continuar estas lecturas de vulgarización, haciéndolas extensivas á los poetas de toda la América Latina.

La próxima velada se anunciará oportunamente.

[“El País.”]

VELADA LITERARIA.—LOS POETAS MEXICANOS.—El inspirado poeta Don Amado Nervo, y segundo Secretario de la Legación de México en Madrid, dió anoche una velada literaria en el salón de actos del Ateneo, leyendo con irreprochable gusto escogidas composiciones llenas de sentimiento y delicadeza, de los preclaros vates Francisco de Terraza, José Rosas Moreno, Pantaleón Tovar, Joaquín Arcadio Pagaza, Justo Sierra, Manuel Acuña,

Agustín Cuenca, Joaquín Casasús, Gutiérrez Nájera, Manuel Flores, Jesús E. Valenzuela, Balbino Dávalos, Luis G. Urbina, Manuel José Othón, Efrén Rebolledo, José Juan Tablada, Francisco M. de Olayguibel y Díaz Mirón, y de la poetisa Sor Juana Inés de la Cruz.

Las composiciones leídas de estos poetas fueron escuchadas con religiosa atención y muy aplaudidas.

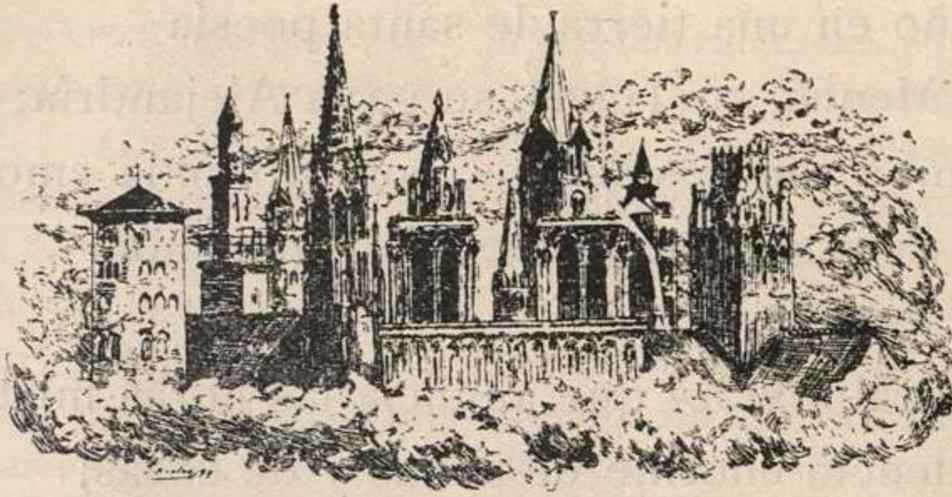
El Sr. Nervo, á instancias de varios de sus amigos y admiradores, leyó un inspirado y patriótico Epitalamio que dedica á Don Alfonso XIII, que sentimos no poder publicar por falta de espacio.

El Sr. Nervo fué aplaudidísimo y recibió muchas felicitaciones por dicha composición.

Asistió á la velada el Cónsul de México, Sr. Anguita, y distinguida concurrencia, en la que tenía lucida representación el bello sexo.

(“La Correspondencia.”)





LAS TORRES

(De «Lira Libre»)

Me entusiasman las torres, esbeltas y orgullosas,
porque alzan al cielo sobre todas las cosas;
porque abrigan, feudales, la voz de las campanas
que entristece las tardes y alegra las mañanas;
porque sobre los techos que remueve el Cojuelo,
índices me parecen que señalan al cielo
y repican y doblan con resonante nota;
cantan la venturanza ó lloran la derrota;
anuncian los incendios; y en instantes fatales,
como las plañideras de viejos funerales,
gimen y gritan, llaman al pueblo á la oración
y tienen pensamientos y tienen corazón!

Oh torres y pirámides de todos los apriscos!
os amo como amo también los obeliscos,
os admiro de hinojos, mi alma os idolatra:
el egregio de Lucsor, la aguja de Cleopatra.

Yo sueño en una tierra de santa poesía
con su Menfis, su Tebas, su gaya Alejandría;
y vislumbro en mis sueños, con profunda emoción,
el atalaya griego que espera á Agamenón.

Oigo al *muezín* que anuncia las horas misteriosas
en el silencio enorme de almas y de cosas;
y veo los minaretes, altivos y gentiles,
como tallos exóticos de secretos Abriles,
ceñidos por el bosque de verdes sicomoros.
Las clásicas columnas de los antiguos foros.
Y al paso de la heroica, triunfante procesión,
oigo sonar el bronce de la antigua legión.

Las vírgenes invocan postradas en el suelo,
mientras las flechas crugen erguidas en el cielo,
contestando al graznido de las aves nocturnas
que se aman en los nichos y anidan en las urnas
y desatan siniestras el satánico broche
de su lúgubre canto, en medio de la noche;
bajando entre las sombras, con pavoroso són,
á posarse en las cruces del roto panteón.

Oh! torres! cómo estelas de todas las edades,
sois las señales únicas de aquestas soledades
que cruza el hombre efímero, doliente y errabundo,
(sonámbulo del cielo y beodo del mundo),
levantando á lo ignoto (artística oblación)
las torres como emblema de su fe y su oración.

JESÚS E. VALENZUELA.

vender el fierro y el acero á más bajo precio que nuestros fabricantes menos bien provistos de útiles.

Digamos, pues, una vez la verdad. Cese-mos un momento de lisonjearnos. La vieja Europa y la nueva Europa (verdadero nombre de América) han instituido la guerra económica. Cada nación está en lucha industrial con las demás naciones. Por todas partes, la producción se arma furiosamente contra la producción. Es de mal gusto que nos quejemos al ver, en el mercado desordenado del mundo, caer nuevos productos concurrentes y perturbadores. ¿De qué sirve gemir? No conocemos más que la razón del más fuerte. Si Tokio es el más débil, estará equivocado, y se lo haremos sentir; si es el más fuerte, tendrá razón, y no tendremos reproche que hacerle. ¿Hay un pueblo en la tierra que tenga el derecho de hablar en nombre de la justicia?

Les hemos enseñado á los japoneses el régimen capitalista y la guerra. Nos espantan porque se hacen semejantes á nosotros. Y verdaderamente es horrible. Se defienden de los europeos con armas europeas. Sus generales, sus oficiales de marina, que han estudiado en Inglaterra, en Alemania, en Francia, hacen honor á sus maestros. Muchos han seguido los cursos de nuestras escuelas especiales. Los grandes duques que temían que nada bueno saliera de nuestras instituciones militares, muy democráticas á su juicio, deben estar tranquilizados.

No sé cuál será el desenlace de la guerra. El Imperio Ruso opone á la energía metódica de los japoneses sus fuerzas indeterminadas, que comprime la salvaje imbecilidad de su gobierno, que desvía la improbidad de una administración devastadora, que pierde la ineptia del mando militar. Ha mostrado la enormidad de su impotencia y la profundidad de su desorganización. Sin embargo, sus tesoros de dinero que alimentan á sus ricos acreedores son casi inagotables. Su enemigo, al contrario, no tiene recursos sino en empréstitos difíciles, onerosos, de que sus mismas victorias lo privarán quizá. Pues los ingleses y los america-

nos están conformes en ayudarlo á debilitar á Rusia, y no en hacerlo poderoso y temible. No se puede, pues, prever la victoria definitiva de un combatiente sobre el otro. Pero si el Japón hace á los amarillos respetables para los blancos, habrá servido grandemente á la causa de la humanidad, y preparado, sin quererlo, á su pesar y, sin duda, contra su deseo, la organización pacífica del mundo.

—¿Qué queréis decir? preguntó Mr. Goubin, alzando la nariz por encima de su plato lleno de un *fritto* delicioso.

—Témese, prosiguió Nicolás Langelier, que el Japón engrandecido eduque á China; que la enseñe á defenderse y á explotar sus riquezas, que haga una China fuerte. Habría, no que temerlo, sino desearlo en el interés universal. Los pueblos fuertes concurren á la armonía y á la riqueza del mundo. Los pueblos débiles como la China y la Turquía, son una causa perpetua de trastornos y de peligros. Pero nos damos mucha prisa en temer ó en esperar. Si el Japón victorioso intenta organizar el viejo imperio amarillo, no lo conseguirá muy pronto. Se necesitará mucho tiempo para que China sepa que hay una China. Pues no lo sabe, y mientras no lo sepa, China no existirá. Un pueblo no existe sino por el sentimiento que tiene de su existencia. Hay trescientos cincuenta millones de chinos; pero ellos no lo saben. No contarán para nada mientras no se cuenten á si mismos. No existirán ni aun por el número. «¡A numerarse!» Esa es la primera voz de mando que da á sus hombres el sargento instructor. Y les enseña al mismo tiempo el principio de las sociedades. Pero trescientos cincuenta millones de hombres necesitan mucho tiempo para numerarse. Sin embargo, Ular, que es un europeo extraordinario, puesto que cree que hay que ser humano y justo respecto de los chinos, nos anuncia que un gran movimiento nacional se lleva á cabo en todas las provincias del inmenso imperio.

—Aun en el caso, dijo José Leclerc, aun en el caso de que el Japón victorioso dé á

los mongoles, á los chinos, á los thibetanos la conciencia de sí mismos, y los haga respetables para los blancos, por qué la paz del mundo habría de estar mejor asegurada y la locura conquistadora de las naciones más contenida? No les quedaría por exterminar la humanidad negra? Qué pueblo negro hará á los negros respetables para los blancos y los amarillos?

Pero Nicolás Langelier repuso:

—Quién puede marcar los límites en que se detendría una de las grandes razas humanas? Los negros no se extinguen como los rojos al contacto de los europeos; qué profeta puede anunciar á los doscientos millones de negros africanos, que su posteridad no reinará jamás en la riqueza y en la paz sobre los lagos y los grandes ríos? Los hombres blancos han atravesado las edades de las cavernas y de las ciudades lacustres. Entonces estaban salvajes y desnudos. Hacían secar al sol sus groseras obras de barro. Sus jefes formaban coros y danzas bárbaras. No tenían más ciencia que la de sus hechiceros. Después han construido el Parthenon, concebido la geometría, sometido á las leyes de la armonía la expresión de su pensamiento y los movimientos de sus cuerpos.

Podéis decir á los negros del Africa: os destrozaráis siempre de tribu á tribu, y os infligiréis los unos á los otros suplicios atroces y espeluznantes; siempre el rey Gléglé, con un pensamiento religioso, hará arrojar de lo alto de su cabaña, prisioneros atados en un canasto; siempre devoraréis con delicia las carnes arrancadas á los cadáveres descompuestos de vuestros viejos padres; siempre los exploradores os tirarán balazos y os ahumarán en vuestras chozas; siempre el fiero soldado cristiano divertirá su valor cortando á vuestras hembras en pedazos; siempre el marino jovial, llegado de los mares brumosos, reventará de una patada el vientre de vuestros chicuelos para desentumecerse las piernas. Podéis asegurar seguramente á la tercera parte de la humanidad una constante ignominia?

Yo no sé si un día, como lo preveía en

1840 la señora Beecher Stowe, la vida despertará en Africa con un esplendor y una magnificencia desconocidos á las frias razas del Occidente, y si el arte se derramará en formas deslumbrantes y nuevas. Los negros tienen un vivo sentimiento de la música. Puede suceder que nazca un delicioso arte negro de la danza y del canto. Mientras, los negros de los Estados del Sur hacen en la civilización capitalista rápidos progresos. Mr. Juan Finot nos ha instruido ha poco á ese respecto.

Hace cincuenta años no poseían entre todos, cien hectáreas de tierra. Ahora se elevan sus bienes á más de cuatro mil millones de francos. Eran iletrados. Ahora cincuenta por ciento saben leer y escribir. Hay novelistas negros, poetas negros, economistas negros, filántropos negros.

Los mestizos nacidos del amo y del esclavo son particularmente inteligentes y vigorosos. Los hombres de color, á la vez astutos y feroces, instintivos y calculadores, tomarán poco á poco (me ha dicho uno de ellos) la ventaja del número y dominarán un día á la raza reblandecida de los criollos que ejercitan ligeramente sobre los negros su crueldad febril. Quizás ya nació el mulato de genio que haga pagar caro á los hijos de los blancos, la sangre de los negros linchados por sus padres!

Entretanto, Mr. Goubin armó sus ojos de su lorñon poderoso.

—Si los Japoneses resultaran vencedores, dijo, nos tomarían la Indo China.

—Nos harían un gran servicio, replicó Langelier. Las colonias son la plaga de los pueblos.

Mr. Goubin no respondió más que con un silencio indignado.

—No puedo escucharos hablar así, exclamó José Leclerc. Se necesitan mercados para nuestros productos, territorios para nuestra expansión industrial y comercial. En qué pensáis, Langelier? No hay más que una política en Europa, en América, en el mundo: la política colonial.

Nicolás Langelier, prosiguió con tranquilidad;

—La política colonial es la forma más reciente de la barbarie, ó si queréis mejor, el término de la civilización. No hago diferencia entre esas dos expresiones, pues son idénticas. Lo que los hombres llaman civilización, es el estado actual de las costumbres; y lo que llaman barbarie, son las anteriores. Las costumbres presentes, se llamarán bárbaras cuando sean costumbres pasadas. Reconozco sin dificultad, que está en nuestras costumbres y en nuestra moral, que los pueblos fuertes destruyan á los débiles. Es el principio del derecho de gentes y el fundamento de la acción colonial.

Pero queda por saber si las conquistas lejanas son siempre un buen negocio para las naciones. No lo parece. Qué han hecho México y el Perú por España y el Brasil para Portugal y Batavia para Holanda? Hay diversas especies de colonias.—Hay colonias que reciben á desdichados europeos sobre una tierra incultá y desierta. Esos fieles miembros pobres, se separan de la metrópoli apenas prósperos. . . . Las hay inhabitables, pero de donde se sacan materias primas y adonde se llevan mercancías. Es evidente que éstas enriquecen, no á quien las gobierna, sino á quien en ellas trafica. Lo más frecuente es que no valgan lo que cuestan. Y además, á cada instante, exponen á la metrópoli á desastres militares.

Mr. Goubin hizo esta interrupción:

—Y la Inglaterra?

—La Inglaterra es menos un pueblo que una raza. Los Anglo Sajones no tienen más patria que el mar. Y esta Inglaterra, que se cree es rica por sus vastos dominios, debe su fortuna y su poder á su comercio. No son sus colonias lo que hay que envidiarle, sino sus comerciantes, autores de sus bienes.—Y creéis que el Transvaal, por ejemplo, sea un muy buen negocio? Sin embargo, se concibe que en el estado actual del mundo, los pueblos que tienen muchos hijos y fabrican muchos productos, busquen á lo lejos, territorios ó mercados y se aseguren la posesión por astucia ó violencia. Pero nosotros! nuestro pueblo econó-

mico y atento á no tener más hijos de los que la tierra natal puede fácilmente sostener, que produce moderadamente y no corre de buen talante las aventuras lejanas; la Francia que no sale de su jardín, qué necesidad tiene de colonias, justo Cielo! Qué hace de ellas? qué provecho le dan? Ha gastado, profusamente, hombres y dinero para que el Congo, la Cochinchina, el Anam, el Tonkin, la Guayana y Madagascar compren cotonadas en Manchester, armas en Birmingham y en Lieja, aguardientes en Dantzig, y cajas de vino de Burdeos en Hamburgo. Durante setenta años, ha despojado, cazado y perseguido á los Árabes, para poblar la Argelia de Italianos y de Españoles.

La ironía de estos resultados es bastante cruel y no se concibe cómo pudo formarse, con perjuicio nuestro, este imperio, diez y once veces más extendido que la Francia misma. Pero hay que considerar que si el pueblo francés no tiene ventaja ninguna en poseer tierras en África y en Asia, los jefes de su gobierno hallan, por el contrario, numerosas ventajas en adquirirlas. Por ese medio se concilian á la marina y al ejército, que en las expediciones coloniales recogen grados, pensiones y cruces, además de la gloria que se obtiene venciendo al enemigo. Se concilian al clero, abriendo nuevas vías á la Propaganda y atribuyendo territorios á las misiones católicas. Regocujan á los armadores, constructores, proveedores militares, á quienes llenan de pedidos. Se hacen en el país una vasta clientela, concediendo selvas inmensas é innumerables plantaciones. Y lo que aún les es más precioso, fijan en su mayoría á todos los acaparadores de negocios y á todos los «cour-tiers marrons» del parlamento. En fin, halagan á la multitud, orgullosa de poseer un imperio amarillo y negro que hace palidecer de envidia á Alemania é Inglaterra. Así pasan por buenos ciudadanos, por patriotas y por grandes hombres de Estado. Y si corren el riesgo de caer como Ferry, bajo el golpe de algún desastre militar, arrostran de buen grado el peligro, persuadidos de que la más perniciosa de las expediciones

lejanas, les costará menos penas y les atraerá menos peligros que la más útil de las reformas sociales.

Ahora comprenderéis que hayamos tenido á veces ministros imperialistas, celosos de agrandar nuestro dominio colonial.—Y todavía debemos felicitarnos y celebrar la moderación de nuestros gobernantes que podrían cargarnos con más colonias.

Pero no todo el peligro está vencido, y estamos amenazados de ochenta años de guerra en Marruecos. Es que no ha de acabar nunca la locura colonial?

Sé muy bien que los pueblos no son razonables. No se comprendería que lo fuesen, sólo al mirar de qué están hechos. Pero un instinto los advierte á menudo de lo que les es perjudicial. Algunas veces son capaces de observación. Á la larga, hacen la experiencia dolorosa de sus errores y de sus faltas. Un día se darán cuenta de que sus colonias son para ellos una fuente de peligros y una causa de ruinas. A la barbarie comercial, sucederá la civilización comercial; á la penetración violenta, la penetración pacífica. Esas ideas entran ahora hasta los parlamentos. Y prevalecerán, no porque los hombres sean en lo futuro más desinteresados, sino porque conocerán mejor sus intereses. El gran valor humano es el hombre mismo.—Para darle valor al globo terrestre, hay primero que dárselo al hombre.—Para explotar el suelo, las minas, las aguas, todas las substancias y todas las fuerzas del planeta, es preciso el hombre, todo el hombre, la humanidad, toda la humanidad. La explotación completa del globo terrestre, exige el trabajo combinado de los hombres blancos, amarillos, negros. Reduciendo, disminuyendo, debilitando y, para decirlo en una palabra, colonizando una parte de la humanidad, obramos en contra de nosotros mismos. Nuestra ventaja es que los amarillos y los negros sean poderosos, libres y ricos.—Nuestra prosperidad, nuestra riqueza, dependen de su riqueza y de su prosperidad. Mientras más produzcan, más consumirán. Mientras más se aprovechen de nosotros, más nosotros nos apro-

vecharemos de ellos.—Que gocen abundantemente de nuestro trabajo y nosotros gozaremos del suyo abundantemente.

Observando los movimientos que arrebatan á las sociedades, tal vez se descubran signos de que el período de violencias finaliza. La guerra que antaño existía en estado permanente entre los pueblos, es ahora intermitente y los tiempos de paz se han hecho más largos que los tiempos de guerra. Nuestro país da lugar á una observación interesante. Los Franceses presentan en la historia militar de los pueblos, un carácter original. Mientras que las otras naciones no hacían jamás la guerra sino por interés ó por necesidad, los Franceses sólo se batían por placer.—Y es bien notable que nuestros compatriotas hayan cambiado de aficiones. Renán escribía hace treinta años: «Cualquiera que conozca la Francia en su conjunto y en sus variedades provinciales, no vacilará en reconocer que el movimiento que arrastra al país, hace medio siglo es esencialmente pacífico.» Es un hecho atestiguado por un gran número de observadores, que la Francia en 1870, no tenía deseos de tomar las armas y que el anuncio de la guerra fué acogido con consternación. Es cierto que ahora pocos franceses piensan en ponerse en campaña y que todo el mundo acepta gustoso la idea de que existe el ejército para evitar la guerra. Citaré entre mil, un ejemplo de ese estado de espíritu: Monsieur Ribot, diputado, antiguo Ministro, invitado á alguna fiesta patriótica, se excusó por medio de una carta elocuente. Monsieur Ribot, sólo al oír la palabra desarme, frunce su frente cejuda. Tiene por las banderas y los cañones la inclinación que conviene á un antiguo Ministro de Relaciones Exteriores. En su carta, denuncia como un peligro nacional las ideas pacíficas propagadas por los socialistas. Descubre renunciamentos que no puede sufrir. No es que sea belicoso. Es también la paz lo que él desea; pero una paz pomposa, magnífica, esplendente y orgullosa como la guerra. Entre Monsieur Ribot y Jaurés, no hay más diferencia que la manera. Ambos son pacíficos.

Jaurés lo es simplemente; Monsiur Ribot lo es soberbiamente. Eso es todo. Mejor aún y más seguramente que la democracia socialista, que se contenta con la paz en blusa ó en paltó; el sentimiento de los burgueses que reclaman una paz ornada de insignias militares y sobrecargada con los simulacros de la gloria, atestigua el irremediable declinar de las ideas de revancha y de conquistas, puesto que se sorprende al instinto militar, en el momento en que se desnaturaliza y se vuelve pacífico.

La Francia adquiere poco á poco el sentimiento de su verdadera fuerza, que es la fuerza intelectual; toma conciencia de su misión, que es sembrar las ideas y ejercer el imperio del pensamiento. Bien pronto se dará cuenta de que su sola potencia, sólida y duradera, estuvo en sus oradores, sus filósofos, sus escritores y sus sabios. También será necesario que reconozca algún día, que la fuerza del número, después de haberla traicionado tantas veces, le escapa definitivamente y que ha llegado el tiempo de que se resigne á la gloria que le aseguran el ejercicio de la inteligencia y el uso de la razón.

Juan Boilly meneó la cabeza.

—Queréis, dijo, que la Francia enseñe á las naciones la concordia y la paz. Estáis seguros de que será escuchada é imitada? Su tranquilidad misma nunca la tiene asegurada? No tiene que temer las amenazas de fuera, que prever los peligros, que velar por su seguridad y atender á su defensa? Una golondrina no hace verano; una nación no hace la paz del mundo. Es cierto que la Alemania no sostiene sus ejércitos, sino para no hacer la guerra? Sus demócratas socialistas quieren la paz. Pero no son los amos y sus diputados no tienen en el Parlamento la autoridad que debería asegurarles el número de los electores. Y la Rusia, que ha entrado apenas en el período industrial, creéis que entrará pronto en el período pacífico? Creéis que después de haber turbado á el Asia no turbe también á la Europa?

Pero, suponiendo que la Europa se vuel-

va pacífica, no creéis que la América se haga guerrera? Después de Cuba reducida á república vasalla, Hawaï, Puerto Rico y las Filipinas anexionadas, no se puede negar que la Unión Americana sea una nación conquistadora. Un publicista yankee, Stead, ha dicho entre el aplauso unánime de los Estados Unidos: «La americanización del mundo está en marcha.» Y Mr. Roosevelt, sueña en plantar el pabellón estrellado sobre el Africa del Sur, la Australia y las Indias Occidentales. Mr. Roosevelt es un imperialista y quiere una América dueña del mundo. Entre nos, medita el imperio de Augusto. Ha tenido la desgracia de leer á Tito Livio. Las conquistas de los romanos le quitan el sueño. Habéis leído sus discursos? Son belicosos.—«Amigos míos, combatid, dijo Mr. Roosevelt, combatid terriblemente. Nada hay tan bueno como los porrazos. Estamos sobre la tierra para exterminarnos los unos á los otros. Los que os digan lo contrario, son gentes inmorales. Desconfiad de las gentes que piensan. El pensamiento reblandece. Es un vicio francés. Los romanos han conquistado al universo. Lo han perdido. Nosotros somos los romanos modernos.» Palabras elocuentes, sostenidas por una flota de guerra que pronto será la segunda del mundo, y por un presupuesto militar de mil quinientos millones de francos!

Los yankees anuncian que dentro de cuatro años harán la guerra á Alemania. Para creerlos, se necesitaria que nos dijeran dónde piensan encontrar al enemigo. Sin embargo, esa locura da en qué pensar. Que una Rusia sierva de su Zar; que una Alemania todavía feudal, sostengan ejércitos para las batallas, es cosa que está uno á punto de explicarse por antiguas costumbres y persistencias de un rudo pasado. Pero que una democracia nueva, los Estados Unidos de América, una asociación de hombres de negocios, una multitud de emigrados de todos los paises, sin comunidad de raza, de tradiciones, de recuerdos, arrojados en cuerpo y alma en la lucha por el dolar, sintiéndose de súbito transportados por

el deseo de lanzar torpedos al flanco de los acorazados y de hacer que las minas estallen bajo los pies de las columnas enemigas; es una prueba de que la lucha desordenada por la producción y la explotación de las riquezas, estimula el amor y el uso de la fuerza brutal, de que la violencia industrial engendra la violencia militar, y de que las rivalidades mercantiles engendran entre los pueblos, odios que no pueden extinguirse sino entre sangre. El furor colonial de que hablabais hace un instante, no es sino una de las mil formas de esa competencia tan loada por nuestros economistas. Como el estado feudal, el estado capitalista es un estado guerrero. Se ha abierto la era de las grandes guerras por la soberanía industrial. Bajo el régimen actual de producción nacionalista, será el cañón quien fije las tarifas, establezca las aduanas y abra y cierre los mercados. No hay otro regulador del comercio y de la industria. La exterminación es el resultado fatal de las condiciones económicas en que hoy se encuentra el mundo civilizado. . . .

El «gorgonzola» y el «stracchino» perfumaban la mesa. El mozo traía las bujías armadas de alambre para encender los cigarrillos con paja, gratos á los Italianos.

Hipólito Dufresne, que hacía algún tiempo parecía ajeno á la conversación:

— Señores, dijo en vos baja, con cierta orgullosa modestia, nuestro amigo Langelier, afirmaba hace un momento, que muchos hombres tienen miedo de deshonorarse á los ojos de sus contemporáneos, asumiendo esa horrible inmoralidad que se llama la moral futura. Yo no he sentido ese miedo y he escrito un cuentecillo que quizás no tiene otro mérito que el de mostrar la tranquilidad de mi espíritu, ante la consideración del porvenir. Un día pediré á ustedes permiso para leerlo.

— Leedlo en seguida, dijo Boni, encendiendo el tabaco.

— Nos daría mucho gusto, agregaron José Leclerc, Nicolás Langelier y el Sr. Goubin.

— No sé si he traído el manuscrito, respondió Hipólito Dufresne.

Y sacando de la bolsa un rollo de papel, leyó lo que sigue:

V

Por la puerta de cuerno ó por la puerta de marfil.

Era cerca de la una de la mañana.—Antes de acostarme, abrí mi ventana y encendí un cigarro. El zumbido de un automóvil, que pasaba por la Avenida del Bois de Boulogne, atravesó el silencio. Los árboles refrescaban el aire, sacudiendo sus cabezas sombrías. Ni un ruido de insecto, ni un rumor viviente, subía del estéril suelo de la ciudad. La noche estaba ilustrada de estrellas. Sus fuegos, en la transparencia del aire, mejor que otras noches, aparecían diversamente coloridos. El mayor número ardía con blanca luz; pero había amarillas y anaranjadas, como las flamas de las lámparas moribundas. Muchas eran azules y vi una de azul tan pálido, tan límpido y tan dulce, que no podía apartar mi vista de ella. Siento no saber cómo se le llama; pero me consuelo pensando que los hombres no les dan á las estrellas sus verdaderos nombres.

Pensando que cada una de esas gotas de luz, alumbrando mundos, me pregunto si como nuestro sol no alumbran también innumerables sufrimientos y si el dolor no llena los abismos del cielo. No podemos juzgar á los mundos sino por el nuestro. No conocemos la vida sino por las formas que reviste sobre la tierra, y aun suponiendo que nuestro planeta sea de los menos buenos, no tenemos razones para creer que todo ande bien en los otros, ni que sea una dicha nacer bajo los rayos de Altaír, de Betelgeuse ó del ardiente Sirio, cuando sabemos qué desagradable asunto es abrir los ojos sobre la tierra, á la claridad de nuestro viejo sol.—No es que encuentre mala mi suerte, comparada á la de los demás hombres.—No tengo ni esposa ni hijo.—No tengo ni amor ni enfermedad.—No soy muy rico, no ando en sociedad. Estoy, pues, entre los dichosos. Pero los dichosos tienen pocas alegrías. Cómo

será la suerte de los otros! En verdad, hay que compadecer á los hombres. No hago reproches á la naturaleza; no se puede platicar con ella puesto que no es inteligente. Tampoco echaré la culpa á la sociedad.— No es de buen sentido oponer la sociedad á la naturaleza. Tan absurdo es oponer la naturaleza de los hombres á la sociedad de los hombres, como oponer la naturaleza de las hormigas á la sociedad de las hormigas, ó la naturaleza de los arenques á la sociedad de los arenques. Las sociedades animales resultan, necesariamente, de la naturaleza animal. La tierra es el planeta en que se come, el planeta del hombre. Los animales son naturalmente ávidos y feroces. Solo el más inteligente de todos, el hombre, es avaro. La avaricia es, hasta ahora, la primera virtud de las sociedades humanas y la obra maestra moral de la naturaleza. Si supiera escribir, escribiría un elogio de la avaricia.—En verdad no sería un libro muy nuevo. Los moralistas y los economistas lo han hecho cien veces. Las sociedades humanas tienen por fundamento augusto la avaricia y la crueldad.

En los otros universos, en esos mundos innumerables del éter, sucede lo mismo? Alumbran á hombres todas las estrellas que veo? Los seres comen devorándose unos á otros en el infinito? Esa duda me turba y no puedo ver sin espanto ese rocío de fuego suspendido en el cielo.

Poco á poco, mis pensamientos se hacen más dulces y más claros, y la idea de la vida, en su sensualidad ya violenta, ya suave, vuelve á serme amable. Me digo que á veces la vida es bella. Pues sin esa belleza, cómo veríamos sus fealdades, y cómo creer que la naturaleza es mala sin creer al mismo tiempo que es buena?

Desde hace unos instantes las frases de una Sonata de Mozart, suspenden en el aire sus blancas columnas y sus guirnaldas de rosas. Tengo por vecino á un pianista que de noche, toca á Mozart y á Gluck. Vuelvo á cerrar mi ventana, y al hacer mi tocado, reflexiono en los inciertos placeres que podría darme mañana; y de pronto pienso que

estoy invitado, hace ya una semana, á almorzar en el Bosque; creo acordarme vagamente que es para el día que llega. A fin de cerciorarme, busco la carta de invitación que ha quedado abierta sobre mi mesa. Hela aquí:

16 de Septiembre. 1903.

MI VIEJO DUFRESNE:

Dame el gusto de venir á almorzar conmigo, con etc., etc., el próximo sábado 23 de Septiembre de 1903, etc., etc.

Es para mañana.

Toqué el timbre á mi ayuda de cámara:

—Juan. Me despertarás mañana á las 9.

Y precisamente mañana, 23 de Septiembre de 1903, tendré treinta y nueve años cumplidos. Según lo que he visto en este mundo, puedo figurarme poco más ó menos lo que veré todavía. Será probablemente un mediocre espectáculo. Puedo con toda seguridad predecir las conversaciones de sobremesa que sostendremos mañana en el restaurant del Bosque. Ciertamente se dirá, entre otras cosas: —Blanca tiene un repugnante carácter, pero no me engaña, estoy seguro.—El ministerio toma la consigna de los socialistas.—Los caballos á la larga fastidian.—No hay como el bacará.—Los obreros harían mal en no aprovecharse, el gobierno les da siempre la razón.—Te apuesto que «Fistol de Oro» vencerá á Ranavalo.—A mí lo que me pesa, es que no hay un solo general para barrer á esta canalla.—¿Qué queréis? La Francia está vendida por los Judíos á la Inglaterra y á la Alemania.»

He allí lo que escucharé mañana! Esas son las ideas políticas y sociales de mis amigos, los tataranietos de los burgueses de Julio, príncipes de la fábrica y de la fragua, reyes de la mina, que supieron dominar y adueñarse de las fuerzas de la Revolución. Mis amigos no me parecen capaces de conservar largo tiempo el imperio industrial y la potencia política que les han dejado sus abuelos. No son muy inteligentes mis amigos. No han trabajado mucho con la cabe-

za. Yo tampoco. Hasta ahora no he hecho gran cosa en la vida. Soy como ellos, un perezoso y un ignorante. No me siento capaz de nada, y si no tengo su vanidad, si mi cerebro no está habilitado de todas las tonteras que se amontonan en el suyo, si no tengo como ellos el odio y el miedo de las ideas, eso se debe á una circunstancia particular de la vida. Mi padre, gran industrial y diputado conservador, me dió, cuando tenía 17 años, un joven preceptor tímido y silencioso, que tenía el aspecto de una muchacha. Preparándome en el bachillerato organizaba la Revolución Social en Europa. Tenía una dulzura encantadora. Lo encarcelaron muchas veces. Ahora es diputado. Yo le copiaba sus proclamas al proletariado internacional. Me hizo leer toda la biblioteca socialista. Me enseñó cosas que no eran todas creíbles; pero me hizo abrir los ojos sobre lo que pasaba en mi derredor; me demostró que todo lo que nuestra sociedad honra, es despreciable, y que todo lo que desprecia es estimable. Me impulsó hacia la rebelión. Concluyo, al contrario de sus demostraciones, que es preciso respetar la mentira y venerar la hipocresía, como los dos apoyos más seguros del orden público. Permaneci conservador; pero mi alma se llenó de asco.

Mientras que me duermo, casi imperceptibles, aquí y allá, algunas frases de Mozart me llegan aun, y me hacen soñar en templos de mármol entre follajes azules.

Ya era de día cuando me desperté. Me vestí mucho más pronto que de costumbre. Ignorante yo mismo de la causa de esa precipitación, me encontré afuera, sin saber cómo á punto fijo. Lo que vi entonces á mi alrededor, me causó una sorpresa que suspendió todas mis facultades de reflexión; y fué, gracias á esa imposibilidad de reflexionar, cómo mi sorpresa no se acrecentó, sino que permaneció fija y tranquila. Sin duda alguna, se hubiera hecho pronto desmesurada, y se hubiera cambiado en estupor y en espanto, si yo hubiera conservado el uso de mi inteligencia, tanto así era diferente de lo que debía ser, el espectáculo

que se presentaba ante mis ojos. Todo lo que me rodeaba era para mí nuevo, desconocido, extraño. Los árboles, las praderas que veía todos los días, habían desaparecido. Donde la vispera se levantaban las altas construcciones grises de la avenida, se extendía ahora una línea de casitas de ladrillo rodeadas de jardines. No me atreví á voltear para ver si mi casa existía aún, y fuíme derecho hacia la puerta Delfina. No la encontré. En ese sitio, el Bosque se había cambiado en aldea. Tomé una calle, que era, según me pareció, el antiguo camino de Suresnes. Las casas que la bordeaban, de un estilo extraño y de una forma nueva, muy pequeñas para ser habitadas por gente rica, estaban, sin embargo, ornadas de pinturas, de esculturas, y de brillantes azulejos. Estaban dominadas por una terraza cubierta. Yo seguí por esta agreste vía, cuyas curvas producían encantadoras perspectivas. Estaba cortada oblicuamente por otras vías sinuosas. No pasaban ni trenes, ni autos, ni carruajes de ninguna especie. Por el suelo corrían extrañas sombras. Levanté la cabeza, y miré grandes pájaros y peces enormes deslizarse rápidamente en tumulto por el aire, que á la vez parecía un cielo y un océano. Cerca del Sena, cuyo curso estaba cambiado, encontré una compañía de hombres vestidos de blusas cortas anudadas á la cintura, y calzados con altas polainas. Indudablemente estaban en traje de trabajo. Pero su aspecto era más ligero y más elegante que el de nuestros obreros. Noté que había mujeres entre ellos. Lo que me había impedido distinguirlos al principio, era que estaban vestidas como los hombres, y que tenían las piernas derechas y largas, y á lo que me pareció, las caderas estrechas de nuestras americanas. Aunque aquellas gentes no tuvieran aspecto hostil, los contemplé con temor. Me parecían más extranjeros que cualquiera de los innumerables desconocidos que hasta entonces había encontrado sobre la tierra. Para no ver más un rostro humano, la emprendí por una callejuela desierta, y pronto llegué á una plazuela plantada de mástiles, en donde